

EVANGELIO POPULAR 2020



COMPRA *ONLINE*
EN **PPC-EDITORIAL.ES**



COMIENZA EL TIEMPO DE CUARESMA

FEBRERO

26

Miércoles de Ceniza

Primera lectura: Joel 2,12-18

Salmo 50: Misericordia, Señor: hemos pecado

Evangelio: Mateo 6,1-6.16-18

En aquel tiempo dijo Jesús a sus discípulos: «Cuidad de no practicar vuestra justicia delante de los hombres para ser vistos por ellos; de lo contrario no tendréis recompensa de vuestro Padre celestial. Por tanto, cuando hagais limosna, no vayas tocando la trompeta por delante, como hacen los hipócritas en las sinagogas y por las calles, con el fin de ser honrados por los hombres; os aseguro que ya han recibido su paga. Tú, en cambio, cuando hagais limosna, que no sepa tu mano izquierda lo que hace tu derecha; así tu limosna quedará en secreto, y tu Padre, que ve en lo secreto, te lo pagará.

Cuando ayunéis, no andéis cabizbajos, como los hipócritas, que desfiguran su cara para hacer ver a la gente que ayunan. Os aseguro que ya han recibido su paga. Tú, en cambio, cuando ayunes, perfúmate la cabeza y lávate la cara, para que tu ayuno lo note no la gente, sino tu Padre, que está en lo escondido; y tu Padre, que ve en lo escondido, te recompensará».

Justo al contrario

Parece decirle Jesús aquí a los discípulos cuando habla acerca del comportamiento de los fariseos y los hipócritas. Actuar en sentido contrario a ellos porque su manera de hacer las cosas busca el parecer frente al ser. En la oración, en la limosna y en el ayuno. Comienza un año más el tiempo de Cuaresma, una

nueva oportunidad de renovar nuestra manera de hacer y de ser. Cada uno tendrá que valorar el giro que tendrá que dar su corazón. Pero seguro que el camino lo marcará la confianza en él. Que a nuestro lado nos invitará, una vez más, a acompañarle al Calvario.

FEBRERO

27

Jueves después de Ceniza

Primera lectura: Deuteronomio 30,15-20

Salmo 1: Dichoso el hombre que ha puesto su confianza en el Señor

Evangelio: Lucas 9,22-25

En aquel tiempo dijo Jesús a sus discípulos: «El Hijo del hombre tiene que padecer mucho, ser desechado por los ancianos, sumos sacerdotes y escribas, ser ejecutado y resucitar al tercer día». Y, dirigiéndose a todos, dijo: «El que quiera seguirme que se niegue a sí mismo, cargue con su cruz cada día y se venga conmigo. Pues el que quiera salvar su vida la perderá; pero el que pierda su vida por mi causa la salvará. ¿De qué le sirve a uno ganar el mundo entero si se pierde o se perjudica a sí mismo?».

Anuncio a las afueras

A Jesús se le entiende mejor desde los márgenes. No tanto desde los renglones rectos y ordenados de nuestros planes, sino desde el desorden de los borrones de la confianza. Ahí, en ese espacio baldío que construimos nosotros a base de certezas, se puede entender mejor sus palabras, la radicalidad de un mensaje, que huye de los grandes escaparates y que gusta aparecer en el territorio de las afueras. En lo escondido. Como un secreto a voces que espera ser revelado.

Primera lectura: Isaías 58,1-9

Salmo 50: Un corazón quebrantado y humillado, tú, Dios mío,
no lo desprecias

Evangelio: Mateo 9,14-15

En aquel tiempo se acercaron los discípulos de Juan a Jesús, preguntándole: «¿Por qué nosotros y los fariseos ayunamos a menudo y, en cambio, tus discípulos no ayunan?». Jesús les dijo: «¿Es que pueden guardar luto los invitados a la boda mientras el novio está con ellos? Llegará un día en que se lleven al novio, y entonces ayunarán».

Las bodas

En el evangelio hay mucha vida, y por eso hay muchas bodas. Porque las bodas son un espacio para la celebración del compromiso y la aventura. En las bodas se encierra la simbología de nuestra vida. Se ríe y se llora, se canta y se baila, se felicita y se echa de menos. En las bodas es inútil ayunar, porque están inundadas por la generosidad de quien lo quiere dar todo, entregarlo todo. Como el deseo de los discípulos cuando miraban los ojos de Jesús y eran capaces de vislumbrar todos los horizontes. Con el riesgo de que los demás no entendieran qué era lo que miraban.

Primera lectura: Isaías 58,9-14

Salmo 85: Enséñame, Señor, tu camino, para que siga tu verdad

Evangelio: Lucas 5,27-32

En aquel tiempo, Jesús vio a un publicano llamado Leví, sentado al mostrador de los impuestos, y le dijo: «Sígueme». Él, dejándolo todo, se levantó y lo siguió. Leví ofreció en su honor un gran banquete en su casa, y estaban a la mesa con ellos un gran número de publicanos y otros. Los fariseos y los escribas dijeron a sus discípulos, criticándolo: «¿Cómo es que coméis y bebéis con publicanos y pecadores?». Jesús les replicó: «No necesitan médico los sanos, sino los enfermos. No he venido a llamar a los justos, sino a los pecadores a que se conviertan».

La mesa de los pecadores

Teresa de Lisieux, la del Niño Jesús, cuenta en su *Historia de un alma* que pasó gran parte de sus últimos días sentada en la mesa de los pecadores y los ateos. Ella lo vivía con una oscuridad tal que parece que nos quiere contar la propia experiencia de noche oscura y crisis de fe. No sé por qué, pero, cuando he leído el texto que precede estas líneas, me he acordado de ella y se me ha pasado por la cabeza preguntarme si en algún momento le consoló la idea de que no pudo estar sentada en mejor sitio, entre los preferidos de Jesús, aún envuelta en aquella aparente oscuridad.

Primera lectura: Génesis 2,7-9; 3,1-7

Salmo 50: Misericordia, Señor: hemos pecado

Segunda lectura: Romanos 5,12-19 o 5,12.17-19

Evangelio: Mateo 4,1-11

En aquel tiempo, Jesús fue llevado al desierto por el Espíritu para ser tentado por el diablo. Y, después de ayunar cuarenta días con sus cuarenta noches, al fin sintió hambre. El tentador se le acercó y le dijo: «Si eres Hijo de Dios di que estas piedras se conviertan en panes». Pero él le contestó, diciendo: «Está escrito: “No solo de pan vive el hombre, sino de toda palabra que sale de la boca del Dios”. Entonces el diablo lo lleva a la ciudad santa, lo pone en el alero del templo y le dice: «Si eres el Hijo de Dios, tírate abajo, porque está escrito: “Encargaré a los ángeles que cuiden de ti, y te sostendrán en sus manos, para que tu pie no tropiece en las piedras”». Jesús le dijo: «También está escrito: “No tentarás al Señor, tu Dios”». Después el diablo lo lleva a una montaña altísima y, mostrándole los reinos del mundo y su gloria, le dijo: «Todo esto te daré si te postras y me adoras». Entonces le dijo Jesús: «Vete, Satanás, porque está escrito: “Al Señor, tu Dios, adorarás y a él solo darás culto”». Entonces lo dejó el diablo, y se acercaron los ángeles y le servían.

Las distancias

«Que tu pie no tropiece en las piedras», le dice el diablo a Jesús. Y a eso aspiran muchas familias con sus hijos. A quitarle los tropiezos, dejándolos desnudos de frustraciones y a la intemperie de la realidad. Porque evitar a veces lo inevitable no es más que un desatino que no lleva a ningún lugar seguro. Una

tentación de control más que de cuidado. Si Dios nos tratara como tratan algunos padres a sus hijos en la actualidad, abominaríamos aún más de él, acusándolo de condescendiente y controlador. Sin embargo, cuando nosotros caemos en una incoherencia tal, no tenemos la distancia para entender aquello que criticamos. Distancia que tuvo Jesús con el diablo. La suficiente para poder salir airoso de aquel desierto de oportunidades engañosas.

MARZO

2

Lunes

Primera lectura: Levítico 19,1-2.11-18

Salmo 18: Tus palabras, Señor, son espíritu y vida

Evangelio: Mateo 25,31-46

En aquel tiempo dijo Jesús a sus discípulos: «Cuando venga en su gloria el Hijo del hombre, y todos los ángeles con él, se sentará en el trono de su gloria y serán reunidas ante él todas las naciones. Él separará a unos de otros, como un pastor separa las ovejas de las cabras. Y pondrá las ovejas a su derecha y las cabras a su izquierda. Entonces dirá el rey a los de su derecha: “Venid vosotros, benditos de mi Padre; heredad el reino preparado para vosotros desde la creación del mundo. Porque tuve hambre y me disteis de comer, tuve sed y me disteis de beber, fui forastero y me hospedasteis, estuve desnudo y me vestisteis, enfermo y me visitasteis, en la cárcel y vinisteis a verme”. Entonces los justos le contestarán: “Señor, ¿cuándo te vimos con hambre y te alimentamos o con sed y te dimos de beber?, ¿cuándo te vimos forastero y te hospedamos o desnudo y te vestimos?, ¿cuándo te vimos enfermo o en la cárcel y fuimos a verte?” Y el rey les

dirá: “Os aseguro que cada vez que lo hicisteis con uno de estos, mis humildes hermanos, conmigo lo hicisteis”.

Y entonces dirá a los de su izquierda: “Apartaos de mí, malditos, id al fuego eterno preparado para el diablo y sus ángeles. Porque tuve hambre y no me disteis de comer, tuve sed y no me disteis de beber, fui forastero y no me hospedasteis, estuve desnudo y no me vestisteis, enfermo y en la cárcel y no me visitasteis”. Entonces también estos contestarán: “Señor, ¿cuándo te vimos con hambre o con sed, o forastero o desnudo, o enfermo o en la cárcel, y no te asistimos?” Y él replicará: “Os aseguro que cada vez que no lo hicisteis con uno de estos, los humildes, tampoco lo hicisteis conmigo”. Y estos irán al castigo eterno, y los justos, a la vida eterna».

Derecha-izquierda

Ahora que las líneas vuelven a extremarse en la política y en la sociedad volvemos a encontrarnos con este texto en el que los márgenes están marcados por la coherencia y la atención al necesitado. Ese principio, el de la misericordia y la caridad, es el que señala los límites. Y en ningún caso el odio o la maledicencia, los enfrentamientos o la comparación. Siempre tenemos más motivos para unirnos que para separarnos, pero la clave siempre está escondida en el rostro del prójimo. O pasa inadvertido o nos sirve de espejo. Y ahí, en ese momento, según miremos al otro o al vacío. Estaremos a un lado u otro. A la derecha o a la izquierda.

Primera lectura: Isaías 55,10-11

Salmo 33: El Señor libra de sus angustias a los justos

Evangelio: Mateo 6,7-15

En aquel tiempo dijo Jesús a sus discípulos: «Cuando recéis, no uséis muchas palabras, como los gentiles, que se imaginan que por hablar mucho les harán caso. No seáis como ellos, pues vuestro Padre sabe lo que os hace falta antes de que lo pidáis. Vosotros rezad así: “Padre nuestro del cielo, santificado sea tu nombre, venga tu reino, hágase tu voluntad en la tierra como en el cielo, danos hoy el pan nuestro de cada día, perdónanos nuestras ofensas, pues nosotros hemos perdonado a los que nos han ofendido, no nos dejes caer en la tentación, sino líbranos del Maligno”. Porque si perdonáis a los demás sus culpas, también vuestro Padre del cielo os perdonará a vosotros. Pero si no perdonáis a los demás, tampoco vuestro Padre perdonará vuestras culpas».

Las palabras precisas

Son las que nos deja Jesús de regalo para dirigirnos al Padre. Quizá las más repetidas, las más sobadas, las menos cuidadas a veces, las dichas con prisa, las repetidas por costumbre, las palabras esenciales, la oración por antonomasia. «Vosotros rezad así», nos dice Jesús. Y marca el camino para levantar nuestra voz al Padre, reconociendo nuestra pobreza, alabando su bondad, reconociendo el perdón. Una declaración de intenciones que se tiene que aterrizar en nuestra propia realidad, en el día a día, cocinándose a fuego lento, con las sílabas suficientes y la entrega desbordada.

Primera lectura: Jonás 3,1-10

Salmo 50: Un corazón quebrantado y humillado, tú, Dios mío,
no lo desprecias

Evangelio: Lucas 11,29-32

En aquel tiempo, la gente se apiñaba alrededor de Jesús, y él se puso a decirles: «Esta generación es una generación perversa. Pide un signo, pero no se le dará más signo que el signo de Jonás. Como Jonás fue un signo para los habitantes de Nínive, lo mismo será el Hijo del hombre para esta generación. Cuando sean juzgados los hombres de esta generación, la reina del Sur se levantará y hará que los condenen; porque ella vino desde los confines de la tierra para escuchar la sabiduría de Salomón, y aquí hay uno que es más que Salomón. Cuando sea juzgada esta generación, los hombres de Nínive se alzarán y harán que los condenen; porque ellos se convirtieron con la predicación de Jonás, y aquí hay uno que es más que Jonás».

El eterno insatisfecho

En la actualidad, la satisfacción, más que un fruto es una ley. Todo tiene que provocarnos satisfacción para que sea bueno. Y, sin embargo, no ha habido época en la que convivamos más insatisfechos juntos. Como Jonás, que no supo decir sí a Dios y realizar contento la misión encomendada. Hoy también estamos tocados por esa insatisfacción del que todo lo tiene y no lo valora, porque siempre acaba deseando aquello que no puede conseguir. Como los signos, que a veces son diametralmente opuestos a los que deseamos. Esta generación, la nuestra, como la de Jesús, escondida entre pantallas y *leds*, no sabe

reconocer la claridad de quien verdaderamente nos regala la vida entera.

MARZO

5

Jueves

Primera lectura: Ester C 12,14-16.23-25

Salmo 137: Cuando te invoqué, me escuchaste, Señor

Evangelio: Mateo 7,7-12

En aquel tiempo dijo Jesús a sus discípulos: «Pedid y se os dará, buscad y encontraréis, llamad y se os abrirá; porque quien pide recibe, quien busca encuentra y al que llama se le abre. Si a alguno de vosotros le pide su hijo pan, ¿le va a dar una piedra?; y si le pide pescado, ¿le dará una serpiente? Pues si vosotros, que sois malos, sabéis dar cosas buenas a vuestros hijos, ¡cuánto más vuestro Padre del cielo dará cosas buenas a los que le piden! En resumen: tratad a los demás como queréis que ellos os traten; en esto consiste la Ley y los profetas».

El trato de los otros

Ahí está uno de los resúmenes de la Ley y los Profetas. En tratar al otro como quiero que me traten a mí. Aunque, para el cristiano, el ideal es más profundo y está marcado por una pregunta: ¿cómo nos trata Dios a nosotros? Y la respuesta: nos llama por nuestro nombre, personaliza la relación, acompaña el proceso, atiende a las debilidades. Sabiendo cómo Dios nos trata podremos entender a lo que estamos llamados a ser con el prójimo.

Primera lectura: Ezequiel 18,21-28

Salmo 129: Si llevas cuenta de los delitos, Señor, ¿quién podrá resistir?

Evangelio: Mateo 5,20-26

En aquel tiempo dijo Jesús a sus discípulos: «Si no sois mejores que los escribas y fariseos no entraréis en el reino de los cielos. Habéis oído que se dijo a los antiguos: “No matarás”, y el que mate será procesado. Pero yo os digo: todo el que esté peleado con su hermano será procesado. Y si uno llama a su hermano “imbécil” tendrá que comparecer ante el Sanedrín, y si lo llama “renegado” merece la condena del fuego. Por tanto, si cuando vas a poner tu ofrenda sobre el altar te acuerdas allí mismo de que tu hermano tiene quejas contra ti, deja allí tu ofrenda ante el altar y vete primero a reconciliarte con tu hermano, y entonces vuelve a presentar tu ofrenda. Con el que te pone pleito procura arreglarte enseguida, mientras vais todavía de camino, no sea que te entregue al juez, y el juez al alguacil, y te metan en la cárcel. Te aseguro que no saldrás de allí hasta que hayas pagado el último cuarto».

La ofrenda

Aunque toda liturgia esté cargada de simbolismo, tiene que estarlo también de verdad. No puede perder su función fundamental, que es la de llevarnos al encuentro con Dios, quedándose en una ristra de símbolos huecos y vacíos. La ofrenda que presentemos ante el altar tiene que estar respaldada por nuestra manera de ser, por la coherencia de nuestros actos, por el deseo, al menos, de que el camino se vaya adecuando a la voluntad del Señor. Si esto no es así, toda ofrenda se convierte en un acto estético que se vacía de sentido en cuanto se nombra.

Primera lectura: Deuteronomio 26,16-19

Salmo 118: Dichoso el que camina en la voluntad del Señor

Evangelio: Mateo 5,43-48

En aquel tiempo dijo Jesús a sus discípulos: «Habéis oído que se dijo: “Amarás a tu prójimo” y aborrecerás a tu enemigo. Yo, en cambio, os digo: amad a vuestros enemigos y rezad por los que os persiguen. Así seréis hijos de vuestro Padre, que está en el cielo, que hace salir su sol sobre malos y buenos y manda la lluvia a justos e injustos. Porque, si amáis a los que os aman, ¿qué premio tendréis? ¿No hacen lo mismo también los publicanos? Y si saludáis solo a vuestros hermanos, ¿qué hacéis de extraordinario? ¿No hacen lo mismo también los gentiles? Por tanto, sed perfectos como vuestro Padre celestial es perfecto».

El sol de todos

Si nos dejamos llevar por la dinámica de la comparación, nos encontraremos constantemente con el problema de la injusticia. Pensaremos que no todos merecemos lo mismo. Que es injusto que paguen justos por pecadores. Que no está bien que se nos trate a todos por igual. Y, sin embargo, Jesús nos lanza de nuevo a la dinámica de la misericordia. Ese abismo al que nos asomamos intentando mirar la realidad como él la mira. Y desde allí nos enfrentamos a la contradicción de quien es capaz de rezar y perdonar a quien nos hace mal, dejándole que disfrute de un sol que también le pertenece.

Primera lectura: Génesis 12,1-4

Salmo 32: Que tu misericordia, Señor, venga sobre nosotros,
como lo esperamos de ti

Segunda lectura: 2 Timoteo 1,8-10

Evangelio: Mateo 17,1-9

En aquel tiempo, Jesús tomó consigo a Pedro, a Santiago y a su hermano Juan y se los llevó aparte a una montaña alta. Se transfiguró delante de ellos, y su rostro resplandecía como el sol, y sus vestidos se volvieron blancos como la luz. Y se les aparecieron Moisés y Elías conversando con él. Pedro, entonces, tomó la palabra y dijo a Jesús: «Señor, ¡qué bien se está aquí! Si quieres haré tres tiendas: una para ti, otra para Moisés y otra para Elías». Todavía estaba hablando cuando una nube luminosa los cubrió con su sombra, y una voz desde la nube decía: «Este es mi Hijo, el amado, mi predilecto. Escuchadlo». Al oírlo, los discípulos cayeron de bruces, llenos de espanto. Jesús se acercó y, tocándolos, les dijo: «Levantaos, no temáis». Al alzar los ojos no vieron a nadie más que a Jesús, solo. Cuando bajaban de la montaña, Jesús les mandó: «No contéis a nadie la visión hasta que el Hijo del hombre resucite de entre los muertos».

En la nube

Una palabra desde la nube reafirma la relación de Dios con Jesús. Habla el Padre. Escucha el Hijo. Sin embargo, los discípulos siguen sin entender. Parecen más preocupados en inmortalizar el momento y construir tres tiendas. Están desconectados del verdadero discurso. De la verdadera realidad.

Del camino que Jesús está haciendo hacia Jerusalén. No son capaces de entender el significado. Solo el espanto y el desgarrero de la cruz les hará abrir los ojos y caer en la cuenta de que en aquel momento de la transfiguración ya estaba escrito el final y el principio.

MARZO

9

Lunes

Santa Francisca Romana

Primera lectura: Daniel 9,4-10

Salmo 78: Señor, no nos trates como merecen nuestros pecados

Evangelio: Lucas 6,36-38

En aquel tiempo dijo Jesús a sus discípulos: «Sed compasivos como vuestro Padre es compasivo; no juzguéis y no seréis juzgados; no condenéis y no seréis condenados; perdonad y seréis perdonados; dad y se os dará: os verterán una medida generosa, colmada, remecida, rebosante. La medida que uséis la usarán con vosotros».

La medida generosa

Mis padres me han enseñado a ser generoso. Y yo lo he ido descubriendo día a día como la mejor opción para enfrentarse a la realidad. Es casi como un seguro ante la propia vida, que siempre te devuelve lo que das. La vida también es generosa cuando quiere. Y esa generosidad se mide siempre en la entrega desinteresada, en el cuidado exquisito, en el acompañamiento adecuado, en la palabra oportuna, en el tiempo perdido, en la conversación escuchada. Así se miden los momentos, y con la misma medida también nos medirán. No como una deuda, sino como un derroche.

Primera lectura: Isaías 1,10.16-20

Salmo 49: Al que sigue buen camino le haré ver la salvación de Dios

Evangelio: Mateo 23,1-12

En aquel tiempo, Jesús habló a la gente y a sus discípulos, diciendo: «En la cátedra de Moisés se han sentado los escribas y los fariseos: haced y cumplid lo que os digan; pero no hagáis lo que ellos hacen, porque ellos no hacen lo que dicen. Ellos lían fardos pesados e insoportables y se los cargan a la gente en los hombros, pero ellos no están dispuestos a mover un dedo para empujar. Todo lo que hacen es para que los vea la gente: alargan las filacterias y ensanchan las franjas del manto; les gustan los primeros puestos en los banquetes y los asientos de honor en las sinagogas; que les hagan reverencias por la calle y que la gente los llame “maestros”. Vosotros, en cambio, no os dejéis llamar “maestro”, porque uno solo es vuestro maestro, y todos vosotros sois hermanos. Y no llaméis “padre” vuestro a nadie en la tierra, porque uno solo es vuestro Padre, el del cielo. No os dejéis llamar “consejeros”, porque uno solo es vuestro consejero, Cristo. El primero entre vosotros será vuestro servidor. El que se enaltece será humillado, y el que se humilla será enaltecido».

El único maestro

En la vida tenemos la suerte de tener uno o dos maestros a lo sumo. Hombres o mujeres que en algún momento de la vida nos ayudan a cambiar de perspectiva, a descubrir horizontes, a ampliar, en definitiva, la plana realidad. Los maestros no se llevan en estos momentos, pasan de moda como las propias modas, son efímeros y en ocasiones huecos. Hablar de maestros

es de otro tiempo, donde el tiempo tenía un lugar. En esta sociedad sin tiempo nos hemos quedado sin maestros. Gobernados ahora por intereses, quizá sería bueno volver a quien tiene palabras de vida eterna, el único Maestro.

MARZO

11

Miércoles

Primera lectura: Jeremías 18,18-20

Salmo 30: Sálvame, Señor, por tu misericordia

Evangelio: Mateo 20,17-28

En aquel tiempo, mientras iba subiendo Jesús a Jerusalén, tomando aparte a los Doce, les dijo por el camino: «Mirad, estamos subiendo a Jerusalén, y el Hijo del hombre va a ser entregado a los sumos sacerdotes y a los escribas, y lo condenarán a muerte y lo entregarán a los gentiles, para que se burlen de él, lo azoten y lo crucifiquen; y al tercer día resucitará». Entonces se le acercó la madre de los Zebedeos con sus hijos y se postró para hacerle una petición. Él le preguntó: «¿Qué deseas?». Ella contestó: «Ordena que estos dos hijos míos se sienten en tu reino, uno a tu derecha y el otro a tu izquierda». Pero Jesús replicó: «No sabéis lo que pedís. ¿Sois capaces de beber el cáliz que yo he de beber?». Contestaron: «Lo somos». Él les dijo: «Mi cáliz lo beberéis; pero el puesto a mi derecha o a mi izquierda no me toca a mí concederlo, es para aquellos para quienes lo tiene reservado mi Padre».

Los otros diez, que lo habían oído, se indignaron contra los dos hermanos. Pero Jesús, reuniéndolos, les dijo: «Sabéis que los jefes de los pueblos los tiranizan y que los grandes los oprimen. No será así entre vosotros: el que quiera ser grande entre vosotros que sea vuestro servidor, y el que quiera ser primero

entre vosotros que sea vuestro esclavo. Igual que el Hijo del hombre no ha venido para que le sirvan, sino para servir y dar su vida en rescate por muchos»..

Beber el cáliz

La disposición de los Zebedeos a beber el cáliz está fuera de lugar. Como si lo dijéramos nosotros mismos sin calibrar lo que supone. Una entrega sin cortapisas, un salto sin red. Y no estamos dispuestos, como ellos, a hacerlo, aunque queramos probar las mieles del éxito y el reconocimiento, sentándonos en los primeros puestos. Nos gusta parecer a bajo coste y nos cuesta ser a un precio elevado. ¿Estaríamos dispuestos a beber el cáliz? ¿Estamos dispuestos a entregar nuestra vida sin esperar nada a cambio?

MARZO

12

Jueves

Primera lectura: Jeremías 17,5-10

Salmo 1: Dichoso el hombre que ha puesto su confianza en el Señor

Evangelio: Lucas 16,19-31

En aquel tiempo dijo Jesús a los fariseos: «Había un hombre rico que se vestía de púrpura y de lino y banqueteaba espléndidamente cada día. Y un mendigo llamado Lázaro estaba echado en su portal, cubierto de llagas, y con ganas de saciarse de lo que tiraban de la mesa del rico. Y hasta los perros se le acercaban a lamerle las llagas. Sucedió que se murió el mendigo, y los ángeles lo llevaron al seno de Abrahán. Se murió también el rico, y lo enterraron. Y, estando en el infierno, en medio de los tormentos, levantando los ojos, vio de lejos a Abrahán, y a Lázaro

en su seno, y gritó: “Padre Abrahán, ten piedad de mí y manda a Lázaro que moje en agua la punta del dedo y me refresque la lengua, porque me torturan estas llamas”. Pero Abrahán le contestó: “Hijo, recuerda que recibiste tus bienes en vida y Lázaro, a su vez, males: por eso encuentra aquí consuelo mientras que tú padeces. Y además, entre nosotros y vosotros se abre un abismo inmenso, para que no puedan cruzar, aunque quieran, desde aquí hacia vosotros ni puedan pasar de ahí hasta nosotros”. El rico insistió: “Te ruego, entonces, padre, que mandes a Lázaro a casa de mi padre, porque tengo cinco hermanos, para que, con su testimonio, evites que vengan también ellos a este lugar de tormento”. Abrahán le dice: “Tienen a Moisés y a los profetas; que los escuchen”. El rico contestó: “No, padre Abrahán. Pero si un muerto va a verlos se arrepentirán”. Abrahán le dijo: “Si no escuchan a Moisés y a los profetas no harán caso ni aunque resucite un muerto”».

Los muertos no convencen

El corazón humano es inescrutable. No sabemos de dónde saca la fortaleza para algunas cosas ni la cerrazón para otras. Y ambas posturas nacen del mismo órgano. El corazón que posibilita el encuentro y el que cierra las puertas a las posibilidades. El de Lázaro y el del rico. Ambos navegan en un mismo mundo y a la vez están separados por una perspectiva que les condiciona. La mirada desde arriba y la mirada desde abajo. Sabiendo que, si no somos capaces de cambiar de perspectiva, no lograremos entender a la otra parte. Y «cambiar costumbres, muerte», como diría santa Teresa. Por mucho muerto que quiera venir a convencernos, el convencimiento tiene que venir de otra parte.

Primera lectura: Génesis 37,3-4.12-13.17-28

Salmo 104: Recordad las maravillas que hizo el Señor

Evangelio: Mateo 21,33-43.45-46

En aquel tiempo dijo Jesús a los sumos sacerdotes y a los ancianos del pueblo: «Escuchad otra parábola: había un propietario que plantó una viña, la rodeó con una cerca, cavó en ella un lagar, construyó la casa del guarda, la arrendó a unos labradores y se marchó de viaje. Llegado el tiempo de la vendimia, envió sus criados a los labradores para percibir los frutos que le correspondían. Pero los labradores, agarrando a los criados, apalearon a uno, mataron a otro y a otro lo apedrearon. Envío de nuevo otros criados, más que la primera vez, e hicieron con ellos lo mismo. Por último les mandó a su hijo, diciéndose: “Tendrán respeto a mi hijo”. Pero los labradores, al ver al hijo, se dijeron: “Este es el heredero: venid, lo matamos y nos quedamos con su herencia”. Y, agarrándolo, lo empujaron fuera de la viña y lo mataron. Y ahora, cuando vuelva el dueño de la viña, ¿qué hará con aquellos labradores?». Le contestaron: «Hará morir de mala muerte a esos malvados y arrendará la viña a otros labradores que le entreguen los frutos a sus tiempos». Y Jesús les dice: «¿No habéis leído nunca en la Escritura: “La piedra que desecharon los arquitectos es ahora la piedra angular. Es el Señor quien lo ha hecho, ha sido un milagro patente”? Por eso os digo que se os quitará a vosotros el reino de Dios y se dará a un pueblo que produzca sus frutos».

Los sumos sacerdotes y los fariseos, al oír sus parábolas, comprendieron que hablaba de ellos. Y, aunque buscaban echarle mano, temieron a la gente, que lo tenía por profeta.

La piedra desechada

El nivel de controversia de sacerdotes y fariseos con Jesús en el evangelio va creciendo a medida que su mensaje toca elementos tan intocables como la Ley y el Templo. Ellos saben que cada vez que Jesús pronuncia una parábola se refiere a ellos. Y en esas historias a veces se representa a los malvados, que tratan con crueldad al heredero real. Y aunque lo saben, no desisten y desechan la piedra angular de su discurso, y quitando esa palabra lo están eliminando a él mismo. Al Mesías que no quieren reconocer, al Salvador que no quieren que los libere.

MARZO

14

Sábado

Primera lectura: Miqueas 7,14-15.18-20

Salmo 102: El Señor es compasivo y misericordioso

Evangelio: Lucas 15,1-3.11-32

En aquel tiempo solían acercarse a Jesús todos los publicanos y los pecadores a escucharle. Y los fariseos y los escribas murmuraban entre ellos: «Ese acoge a los pecadores y come con ellos». Jesús les dijo esta parábola: «Un hombre tenía dos hijos; el menor de ellos dijo a su padre: “Padre, dame la parte que me toca de la fortuna”. El padre les repartió los bienes. No muchos días después, el hijo menor, juntando todo lo suyo, emigró a un país lejano, y allí derrochó su fortuna viviendo perdidamente. Cuando lo había gastado todo vino por aquella tierra un hambre terrible, y empezó él a pasar necesidad. Fue entonces y tanto le insistió a un habitante de aquel país que lo mandó a sus campos a guardar cerdos. Le entraban ganas de saciarse de las algarrobas que comían los cerdos, y nadie le daba de comer. Recapaci-

tando entonces se dijo: “Cuántos jornaleros de mi padre tienen abundancia de pan, mientras yo aquí me muero de hambre. Me pondré en camino adonde está mi padre, y le diré: ‘Padre, he pecado contra el cielo y contra ti; ya no merezco llamarme hijo tuyo: trátame como a uno de tus jornaleros’”.

Se puso en camino adonde estaba su padre; cuando todavía estaba lejos, su padre lo vio y se conmovió; y, echando a correr, se le echó al cuello y se puso a besarlo. Su hijo le dijo: “Padre, he pecado contra el cielo y contra ti; ya no merezco llamarme hijo tuyo”. Pero el padre dijo a sus criados: “Sacad enseguida el mejor traje y vestido; ponedle un anillo en la mano y sandalias en los pies; traed el ternero cebado y matadlo; celebremos un banquete, porque este hijo mío estaba muerto y ha revivido; estaba perdido y lo hemos encontrado”. Y empezaron el banquete.

Su hijo mayor estaba en el campo. Cuando, al volver, se acercaba a la casa, oyó la música y el baile, y llamando a uno de los mozos le preguntó qué pasaba. Este le contestó: “Ha vuelto tu hermano; y tu padre ha matado el ternero cebado, porque lo ha recobrado con salud”. Él se indignó y se negaba a entrar; pero su padre salió e intentaba persuadirlo. Y él replicó a su padre: “Mira: en tantos años como te sirvo, sin desobedecer nunca una orden tuya, a mí nunca me has dado un cabrito para tener un banquete con mis amigos; y cuando ha venido ese hijo tuyo que se ha comido tus bienes con malas mujeres le matas el ternero cebado”. El padre le dijo: “Hijo, tú siempre estás conmigo, y todo lo mío es tuyo: deberías alegrarte, porque este hermano tuyo estaba muerto y ha revivido; estaba perdido y lo hemos encontrado”».

Deberías alegrarte

Así le dice el padre al hijo mayor, al hijo fiel que se siente relegado ante la actuación del padre. Y nosotros deberíamos alegrarnos tantas veces por los logros del hermano y, sin embargo, no hacemos ademán de felicitarlo por envidia o

confrontación. Deberíamos alegrarnos por su curación después de haber estado postrado en lo más hondo de la vida. Deberíamos alegrarnos por la fidelidad de quien nos quiere por encima de nuestras excusas infantiles. No debería ser condicional, sino afirmativo, generoso, atento, como el padre de esta parábola, que derrocha generosidad por encima de cualquier reproche.

MARZO

15

DOMINGO III CUARESMA

Primera lectura: Éxodo 17,3-7

Salmo 94: Ojalá escuchéis hoy la voz del Señor: «No endurezcáis vuestro corazón»

Segunda lectura: Romanos 5,1-2.5-8

Evangelio: Juan 4,5-42 (o 4,5-15.19-26.39.40-42)

En aquel tiempo llegó Jesús a un pueblo de Samaría llamado Sicar, cerca del campo que dio Jacob a su hijo José; allí estaba el manantial de Jacob. Jesús, cansado del camino, estaba allí sentado junto al manantial. Era alrededor del mediodía. Llega una mujer de Samaría a sacar agua, y Jesús le dice: «Dame de beber». Sus discípulos se habían ido al pueblo a comprar comida. La samaritana le dice: «¿Cómo tú, siendo judío, me pides de beber a mí, que soy samaritana?». Porque los judíos no se tratan con los samaritanos. Jesús le contestó: «Si conocieras el don de Dios y quién es el que te pide de beber, le pedirías tú y él te daría agua viva». La mujer le dice: «Señor, si no tienes cubo y el pozo es hondo, ¿de dónde sacas el agua viva?; ¿eres tú más que nuestro padre Jacob, que nos dio este pozo, y de él bebieron él y sus hijos y sus ganados?». Jesús le contestó: «El que bebe de esta agua

vuelve a tener sed; pero el que beba del agua que yo le daré nunca más tendrá sed: el agua que yo le daré se convertirá dentro de él en un surtidor de agua que salta hasta la vida eterna». La mujer le dice: «Señor, dame esa agua: así no tendré más sed ni tendré que venir aquí a sacarla». Él le dice: «Anda, llama a tu marido y vuelve». La mujer le contesta: «No tengo marido». Jesús le dice: «Tienes razón que no tienes marido: has tenido ya cinco, y el de ahora no es tu marido. En eso has dicho la verdad». La mujer le dice: «Señor, veo que tú eres un profeta. Nuestros padres dieron culto en este monte, y vosotros decís que el sitio donde se debe dar culto está en Jerusalén». Jesús le dice: «Créeme, mujer: se acerca la hora en que ni en este monte ni en Jerusalén daréis culto al Padre. Vosotros dais culto a uno que no conocéis; nosotros adoramos a uno que conocemos, porque la salvación viene de los judíos. Pero se acerca la hora, ya está aquí, en que los que quieran dar culto verdadero adorarán al Padre en espíritu y verdad, porque el Padre desea que le den culto así. Dios es espíritu, y los que le dan culto deben hacerlo en espíritu y verdad». La mujer le dice: «Sé que va a venir el Mesías, el Cristo; cuando venga, él nos lo dirá todo». Jesús le dice: «Soy yo, el que habla contigo».

En esto llegaron sus discípulos y se extrañaban de que estuviera hablando con una mujer, aunque ninguno le dijo: «¿Qué le preguntas», o «¿de qué le hablas?». La mujer entonces dejó su cántaro, se fue al pueblo y dijo a la gente: «Venid a ver un hombre que me ha dicho todo lo que he hecho; ¿será este el Mesías?». Salieron del pueblo y se pusieron en camino adonde estaba él. Mientras tanto, sus discípulos le insistían: «Maestro, come». Él les dijo: «Yo tengo por comida un alimento que vosotros no conocéis». Los discípulos comentaban entre ellos: «¿Le habrá traído alguien de comer?». Jesús les dice: «Mi alimento es hacer la voluntad del que me envió y llevar a término su obra. ¿No decís vosotros que faltan todavía cuatro meses para la cosecha?

Yo os digo esto: levantad los ojos y contemplad los campos, que están ya dorados para la siega; el segador ya está recibiendo salario y almacenando fruto para la vida eterna: y así se alegran lo mismo sembrador y segador. Con todo, tiene razón el proverbio: "Uno siembra y otro siega". Yo os envié a segar lo que no habéis sudado. Otros sudaron, y vosotros recogéis el fruto de sus sudores».

En aquel pueblo muchos samaritanos creyeron en él por el testimonio que había dado la mujer: «Me ha dicho todo lo que he hecho». Así, cuando llegaron a verlo los samaritanos, le rogaban que se quedara con ellos. Y se quedó allí dos días. Todavía creyeron muchos más por su predicación, y decían a la mujer: «Ya no creemos por lo que tú dices; nosotros mismos lo hemos oído y sabemos que él es de verdad el Salvador del mundo».

Dame de beber

A santa Teresa de Jesús le gustaba orar con este pasaje. Tanto que se metía dentro de él como si fuera una protagonista más y acompañara a la mujer samaritana hasta el brocal del pozo. La santa de Ávila tenía, sed como la samaritana. Sed del Dios vivo. Y Teresa supo ver, como aquella mujer, la mirada de Jesús, que se encuentra y que quiere hacer un camino personal con ella. Esa mirada acuosa que se convertirá en un surtidor que saltará hasta la vida eterna. Un agua que sacia, que no deja al que bebe con sed. Un agua viva. Una fuente. Un lugar para el encuentro. Teresa y Jesús. La samaritana y el Maestro. Jesús y nosotros.

Primera lectura: 2 Reyes 5,1-15

Salmo 41: Mi alma tiene sed del Dios vivo: ¿cuándo veré el rostro de Dios?

Evangelio: Lucas 4,24-30

En aquel tiempo dijo Jesús al pueblo en la sinagoga de Nazaret: «Os aseguro que ningún profeta es bien mirado en su tierra. Os garantizo que en Israel había muchas viudas en tiempos de Elías, cuando estuvo cerrado el cielo tres años y seis meses, y hubo una gran hambre en todo el país; sin embargo, a ninguna de ellas fue enviado Elías más que a una viuda de Sarepta, en el territorio de Sidón. Y muchos leprosos había en Israel en tiempos del profeta Eliseo; sin embargo, ninguno de ellos fue curado más que Naamán, el sirio». Al oír esto, todos en la sinagoga se pusieron furiosos y, levantándose, lo empujaron fuera del pueblo hasta un barranco del monte en donde se alzaba su pueblo, con intención de despeñarlo. Pero Jesús se abrió paso entre ellos y se alejaba.

Abrir paso

La vida se abre paso entre incomprensiones y silencios. Puede más la fuerza vital que un callejón sin salida. Jesús se abrió paso ante los deseos violentos de los que querían despeñarlo y se alejó de aquella sinrazón que fue creciendo en la escucha. Las palabras de Jesús abren paso a la coherencia a través de la verdad, y por ello resultan incómodas. Por eso la mentira nos lleva a precipicios en los que nos despeñamos mientras que la verdad nos sustenta en el equilibrio necesario. Como Jesús, que, a pesar de la dificultad, supo mantenerse en el lado de la calma.

Primera lectura: Daniel 3,25-34-43

Salmo 24: Señor, recuerda tu misericordia

Evangelio: Mateo 18,21-35

En aquel tiempo se adelantó Pedro y preguntó a Jesús: «Señor, si mi hermano me ofende, ¿cuántas veces le tengo que perdonar? ¿Hasta siete veces?». Jesús le contesta: «No te digo hasta siete veces, sino hasta setenta veces siete. Y a propósito de esto, el reino de los cielos se parece a un rey que quiso ajustar las cuentas con sus empleados. Al empezar a ajustarlas le presentaron a uno que debía diez mil talentos. Como no tenía con qué pagar, el señor mandó que lo vendieran a él con su mujer y sus hijos y todas sus posesiones, y que pagara así. El empleado, arrojándose a sus pies, le suplicaba diciendo: “Ten paciencia conmigo y te lo pagaré todo”. El señor tuvo lástima de aquel empleado y lo dejó marchar, perdonándole la deuda. Pero, al salir, el empleado aquel encontró a uno de sus compañeros que le debía cien denarios y, agarrándolo, lo estrangulaba, diciendo: “Págame lo que me debes”. El compañero, arrojándose a sus pies, le rogaba diciendo: “Ten paciencia conmigo y te lo pagaré”. Pero él se negó, y fue y lo metió en la cárcel hasta que pagara lo que debía. Sus compañeros, al ver lo ocurrido, quedaron consternados y fueron a contarle a su señor todo lo sucedido. Entonces el señor lo llamó y le dijo: “¡Siervo malvado! Toda aquella deuda te la perdóné porque me lo pediste. ¿No debías tú también tener compasión de tu compañero como yo tuve compasión de ti?” Y el señor, indignado, lo entregó a los verdugos hasta que pagara toda la deuda. Lo mismo hará con vosotros mi Padre del cielo si cada cual no perdona de corazón a su hermano».

La ingratitud

No hay mayor ingratitud que la que hace quien ha sido salvado y no es capaz de perdonar a otro en su misma situación. Quien es capaz de recibir misericordia y no sabe corresponder cuando puede hacerlo. Es fácil hablar en abstracto, y difícil hacerlo cuando nos toca la piel, cuando nos sentimos vulnerables, cuando nos jugamos la vida. Y es ahí, en esa tesitura, donde nos pone Dios para saber de qué pasta estamos hechos. Si hemos dejado atrás viejas rencillas y estamos preparados para desplegar la novedad de la misericordia. Y ahí nos la jugamos. En el centro del corazón, en el perdón que damos al hermano.

MARZO

18

Miércoles

San Cirilo de Jerusalén

Primera lectura: Deuteronomio 4,1.5-9

Salmo 147: Glorifica al Señor, Jerusalén

Evangelio: Mateo 5,17-19

En aquel tiempo dijo Jesús a sus discípulos: «No creáis que he venido a abolir la Ley y los profetas: no he venido a abolir, sino a dar plenitud. Os aseguro que antes pasarán el cielo y la tierra que deje de cumplirse hasta la última letra o tilde de la Ley. El que se salte uno solo de los preceptos menos importantes y se lo enseñe así a los hombres será el menos importante en el reino de los cielos. Pero quien los cumpla y enseñe será grande en el reino de los cielos».

La tilde de la Ley

Tengo un compañero que es tan concertado y apasionado que estaría dispuesto a discutir hasta la tilde de la Ley. Hasta el más

pequeño resquicio, hasta el más lejano significado. A veces lo hemos hecho cuando éramos estudiantes. Hoy, sin embargo, estamos convencidos de que la plenitud de la Ley está en el amor, que da sentido a todo, a los preceptos grandes y a los nimios, a los importantes y a los secundarios. A veces nos olvidamos del sentido global en pos de lo particular. Otras, centrándonos en lo global, olvidamos el detalle. Y una y otra cosa no hace más que alejarnos de la medida. La del amor, sin medida. Aunque parezca una contradicción. Y no lleve tilde.

MARZO

19

Jueves

SAN JOSÉ, ESPOSO DE LA VIRGEN MARÍA

Primera lectura: 2 Samuel 7,4-5a.12-14a.16

Salmo 88: Su linaje será perpetuo

Segunda lectura: Romanos 4,13.16-18.22

Evangelio: Mateo 1,16.18-21.24a

Jacob engendró a José, el esposo de María, de la cual nació Jesús, llamado Cristo. El nacimiento de Jesucristo fue de esta manera: María, su madre, estaba desposada con José y, antes de vivir juntos, resultó que ella esperaba un hijo por obra del Espíritu Santo. José, su esposo, que era justo y no quería denunciarla, decidió repudiarla en secreto. Pero, apenas había tomado esta resolución, se le apareció en sueños un ángel del Señor, que le dijo: «José, hijo de David, no tengas reparo en llevarte a María, tu mujer, porque la criatura que hay en ella viene del Espíritu Santo. Dará a luz un hijo, y tú le pondrás por nombre Jesús, porque él salvará a su pueblo de los pecados». Cuando José se despertó hizo lo que le había mandado el ángel del Señor.

El sueño

De los sueños pueden nacer fantasmas y también soluciones. José se quedó dormido y escuchó la voz del ángel, que le marcó el camino a seguir. Camino que no tenía nada que ver con su primeras intenciones. José confió en aquella voz y, cuando despertó, hizo lo que tenía que hacer. Seguir la voluntad de Dios. A veces, al territorio de las decisiones hay que dejarle espacio para que respire, para que se pueda hacer el discernimiento adecuado. El tiempo justo de la gracia que ilumina, cuando menos lo esperamos, los caminos que veíamos imposibles. El tiempo de un sueño.

MARZO

20

Viernes

Primera lectura: Oseas 14,2-10

Salmo 80: Yo soy el Señor, Dios tuyo: escucha mi voz

Evangelio: Marcos 12,28b-34

En aquel tiempo, un escriba se acercó a Jesús y le preguntó: «¿Qué mandamiento es el primero de todos?». Respondió Jesús: «El primero es: “Escucha, Israel, el Señor, nuestro Dios, es el único Señor: amarás al Señor, tu Dios, con todo tu corazón, con toda tu alma, con toda tu mente, con todo tu ser”. El segundo es este: “Amarás a tu prójimo como a ti mismo”. No hay mandamiento mayor que estos». El escriba replicó: «Muy bien, maestro, tienes razón cuando dices que el Señor es uno solo y no hay otro fuera de él; y que amarlo con todo el corazón, con todo el entendimiento y con todo el ser, y amar al prójimo como a uno mismo, vale más que todos los holocaustos y sacrificios». Jesús, viendo que había respondido sensatamente, le dijo: «No estás lejos del reino de Dios». Y nadie se atrevió a hacerle más preguntas.

No estás lejos

Como ninguno de nosotros. Todos estamos más cerca de lo que pensamos. Pero el día a día a veces parece que nos distancia. Los mandamientos los tenemos claros. Son esenciales y contundentes. Nos llaman al amor incondicional. A que pongamos boca arriba todas las cartas. Con Dios y con el prójimo. El escriba también lo sabe, y por eso todos callan cuando Jesús le aclara el camino. Estás cerca. Tienes que seguir por ese camino. Un camino que está mucho más cerca de lo que nosotros pensamos.

MARZO

21

Sábado

Primera lectura: Oseas 6,1-6

Salmo 50: Quiero misericordia, y no sacrificios

o Éxodo 17,1-7; Salmo 94; Juan 4,5-42

Evangelio: Lucas 18,9-14

En aquel tiempo, a algunos que,teniéndose por justos, se sentían seguros de sí mismos y despreciaban a los demás, dijo Jesús esta parábola: «Dos hombres subieron al templo a orar. Uno era fariseo; el otro, un publicano. El fariseo, erguido, oraba así en su interior: “¡Oh Dios!, te doy gracias porque no soy como los demás: ladrones, injustos, adúlteros; ni como ese publicano. Ayuno dos veces por semana y pago el diezmo de todo lo que tengo”. El publicano, en cambio, se quedó atrás y no se atrevía ni a levantar los ojos al cielo; solo se golpeaba el pecho, diciendo: “¡Oh Dios!, ten compasión de este pecador”. Os digo que este bajó a su casa justificado y aquel no. Porque todo el que se enaltece será humillado, y el que se humilla será enaltecido».

El charlatán y el humilde

El fariseo y el publicano. Hay a quien le gusta alardear de todo lo que hace y quien vive sin la necesidad de ir publicando aquello que realiza. Ambas actitudes conviven en nuestra vida. En los perfiles de las redes sociales, en nuestra profesión o simplemente cuando oramos. ¿Qué le decimos al Señor? ¿Todo lo que hemos hecho o todo lo que nos queda por hacer? Quizá debiéramos desembarazarnos de nuestro lado «charlatán» y profundizar en la humildad, que, como dice Teresa, se sustenta en «andar en verdad».

MARZO

22

DOMINGO IV CUARESMA

Primera lectura: 1 Samuel 16,1.6-7.10-13

Salmo 22: El señor es mi pastor, nada me falta

Segunda lectura: Efesios 5,8-14

Evangelio: Juan 9,1-41 (o 9,1.6-9.13-17.34-38)

En aquel tiempo, al pasar Jesús vio a un hombre ciego de nacimiento. Y sus discípulos le preguntaron: «Maestro, ¿quién pecó, este o sus padres, para que naciera ciego?». Jesús contestó: «Ni Este pecó ni sus padres, sino para que se manifiesten en él las obras de Dios. Mientras es de día tenemos que hacer las obras del que me ha enviado; viene la noche y nadie podrá hacerlas. Mientras estoy en el mundo yo soy la luz del mundo». Dicho esto, escupió en tierra, hizo barro con la saliva, se lo untó en los ojos al ciego y le dijo: «Ve a lavarte a la piscina de Siloé (que significa Enviado)». Él fue, se lavó y volvió con vista. Y los vecinos y los que antes solían verlo pedir limosna preguntaban: «¿No es ese el que se sentaba a pedir?». Unos decían: «El mismo». Otros

decían: «No es él, pero se le parece». Él respondía: «Soy yo». Y le preguntaban: «¿Y cómo se te han abierto los ojos?». Él contestó: «Ese hombre que se llama Jesús hizo barro, me lo untó en los ojos y me dijo que fuese a Siloé y que me lavase. Entonces fui, me lavé y empecé a ver». Le preguntaron: «¿Dónde está él?». Contestó: «No sé».

Llevaron ante los fariseos al que había sido ciego. Era sábado el día que Jesús hizo barro y le abrió los ojos. También los fariseos le preguntaban cómo había adquirido la vista. Él les contestó: «Me puso barro en los ojos, me lavé y veo». Algunos de los fariseos comentaban: «Este hombre no viene de Dios, porque no guarda el sábado». Otros replicaban: «¿Cómo puede un pecador hacer semejantes signos?». Y estaban divididos. Y volvieron a preguntarle al ciego: «Y tú, ¿qué dices del que te ha abierto los ojos?». Él contestó: «Que es un profeta». Pero los judíos no se creyeron que aquel había sido ciego y había recibido la vista, hasta que llamaron a sus padres y les preguntaron: «¿Es este vuestro hijo, de quien decís vosotros que nació ciego?». Sus padres contestaron: «Sabemos que este es nuestro hijo y que nació ciego; pero cómo ve ahora no lo sabemos. Preguntádselo a él, que es mayor y puede explicarse». Sus padres respondieron así porque tenían miedo a los judíos; porque los judíos ya habían acordado excluir de la sinagoga a quien reconociera a Jesús por Mesías. Por eso sus padres dijeron: «Ya es mayor, preguntádselo a él».

Llamaron por segunda vez al que había sido ciego y le dijeron: «Confíésalo ante Dios: nosotros sabemos que ese hombre es un pecador». Contestó él: «Si es un pecador, no lo sé; solo sé que yo era ciego y ahora veo». Le preguntaron de nuevo: «¿Qué te hizo, cómo te abrió los ojos?». Les contestó: «Os lo he dicho ya, y no me habéis hecho caso; ¿para qué queréis oírlo otra vez?; ¿también vosotros queréis haceros discípulos suyos?». Ellos lo llenaron de improperios y le dijeron: «Discípulo de ese lo serás tú; nosotros somos discípulos de Moisés. Nosotros sabemos que a

Moisés le habló Dios, pero ese no sabemos de dónde viene». Replicó él: «Pues eso es lo raro: que vosotros no sabéis de dónde viene y, sin embargo, me ha abierto los ojos. Sabemos que Dios no escucha a los pecadores, sino al que es religioso y hace su voluntad. Jamás se oyó decir que nadie abriera los ojos a un ciego de nacimiento; si este no viniera de Dios, no tendría ningún poder». Le replicaron: «Empecatado naciste tú de pies a cabeza, ¿y nos vas a dar lecciones a nosotros?». Y lo expulsaron.

Oyó Jesús que lo habían expulsado, lo encontró y le dijo: «¿Crees tú en el Hijo del hombre?». Él contestó: «¿Y quién es, Señor, para que crea en él?». Jesús le dijo: «Lo estás viendo: el que te está hablando, ese es». Él dijo: «Creo, Señor». Y se postró ante él. Jesús añadió: «Para un juicio he venido yo a este mundo; para que los que no ven vean, y los que ven queden ciegos». Los fariseos que estaban con él oyeron esto y le preguntaron: «¿También nosotros estamos ciegos?». Jesús les contestó: «Si estuviérais ciegos no tendríais pecado, pero, como decís que veis, vuestro pecado persiste».

Barro en los ojos

Es lo que tenemos en los nuestros gran parte de nuestra vida. Esa incapacidad de ver qué es lo importante. Esa vulnerabilidad que nos acompaña. Como el ciego del evangelio, la ceguera nos impide ver. Y quizá necesitamos de la ayuda del Señor para quitarnos ese barro y poder ver la luz. Entender aquello que realmente importa en la vida. Eso es lo que hace Jesús con quien se encuentra en el camino. Darles luz. Regalarles la luz a cambio de la fe. «Creo, Señor», asevera el ciego. Nosotros también creemos, y en esa confianza ponemos nuestros ojos a disposición para ver toda esa luz regalada.

MARZO

23

Lunes

Santo Toribio de Mogrovejo

Primera lectura: Isaías 65,17-21

Salmo 29: Te ensalzaré, Señor, porque me has librado

Evangelio: Juan 4,43-54

En aquel tiempo salió Jesús de Samaría para Galilea. Jesús mismo había hecho esta afirmación: «Un profeta no es estimado en su propia patria». Cuando llegó a Galilea, los galileos lo recibieron bien, porque habían visto todo lo que había hecho en Jerusalén durante la fiesta, pues también ellos habían ido a la fiesta. Fue Jesús otra vez a Caná de Galilea, donde había convertido el agua en vino. Había un funcionario real que tenía un hijo enfermo en Cafarnaún. Oyendo que Jesús había llegado de Judea a Galilea, fue a verle, y le pedía que bajase a curar a su hijo, que estaba muriéndose. Jesús le dijo: «Como no veáis signos y prodigios no creéis». El funcionario insiste: «Señor, baja antes de que se muera mi niño». Jesús le contesta: «Anda, tu hijo está curado». El hombre creyó en la palabra de Jesús y se puso en camino. Iba ya bajando cuando sus criados vinieron a su encuentro, diciéndole que su hijo estaba curado. Él les preguntó a qué hora había empezado la mejoría. Y le contestaron: «Hoy, a la una, lo dejó la fiebre». El padre cayó en la cuenta de que esa era la hora cuando Jesús le había dicho: «Tu hijo está curado». Y creyó él con toda su familia. Este segundo signo lo hizo Jesús al llegar de Judea a Galilea.

La hora de la mejoría

Siempre hay una hora, un tiempo, un momento adecuado para la gracia. Siempre es tiempo si creemos. Si hacemos ese acto de fe que nos impulsa a caminar confiados con el horizonte

que se abre a nuestros ojos. Como el que se le abrió al funcionario real con las palabras de Jesús. En ese momento se pone en camino solo con la luz de su palabra. Y cuando ve a su hijo curado mira el reloj y llora. Y esa aparente coincidencia abre el camino para que toda la familia crea. Sin poder olvidar nunca que la una de aquel día marcó para siempre el tiempo de la salvación.

MARZO

24

Martes

Primera lectura: Ezequiel 47,1-9.12

Salmo 45: El Señor de los ejércitos está con nosotros, nuestro alcázar es el Dios de Jacob

Evangelio: Juan 5,1-3.5-16

En aquel tiempo se celebraba una fiesta de los judíos, y Jesús subió a Jerusalén. Hay en Jerusalén, junto a la puerta de las ovejas, una piscina que llaman en hebreo Betesda. Esta tiene cinco soportales, y allí estaban echados muchos enfermos, ciegos, cojos, paralíticos. Estaba también allí un hombre que llevaba treinta y ocho años enfermo. Jesús, al verlo echado, y sabiendo que ya llevaba mucho tiempo, le dice: «¿Quieres quedar sano?». El enfermo le contestó: «Señor, no tengo a nadie que me meta en la piscina cuando se remueve el agua; para cuando llego yo, otro se me ha adelantado». Jesús le dice: «Levántate, toma tu camilla y echa a andar». Y al momento el hombre quedó sano, tomó su camilla y echó a andar.

Aquel día era sábado, y los judíos dijeron al hombre que había quedado sano: «Hoy es sábado y no se puede llevar la camilla». Él les contestó: «El que me ha curado es quien me ha dicho:

“Toma tu camilla y echa a andar”». Ellos le preguntaron: «¿Quién es el que te ha dicho que tomes la camilla y echas a andar?». Pero el que había quedado sano no sabía quién era, porque Jesús, aprovechando el barullo de aquel sitio, se había alejado.

Más tarde lo encuentra Jesús en el templo y le dice: «Mira, has quedado sano; no peques más, no sea que te ocurra algo peor». Se marchó aquel hombre y dijo a los judíos que era Jesús quien lo había sanado. Por eso los judíos acosaban a Jesús, porque hacía tales cosas en sábado.

Las aguas removidas

Aquel hombre tenía la impresión de que nunca podría curarse, porque cada vez que se removían las aguas de la piscina de Betesda se acumulaba tal cantidad de gente que a él, por su incapacidad, no le daba tiempo a llegar. Sin embargo, no necesitó agua para curarse, sino de la verdad explicada a aquellos ojos que lo miraron con misericordia y lo invitaron a levantarse. En aquel momento se removieron todas sus certezas y en medio de la alegría cogió su camilla y comenzó a andar, descubriendo por fin un nuevo camino. A pesar de que los garantes de la Ley no pudieran dejar de pensar que el milagro se produjo en sábado.

Primera lectura: Isaías 7,10-14; 8,10

Salmo 39: Aquí estoy, Señor, para hacer tu voluntad

Segunda lectura: Hebreos 10,4-10

Evangelio: Lucas 1,26-38

En aquel tiempo, el ángel Gabriel fue enviado por Dios a una ciudad de Galilea llamada Nazaret, a una virgen desposada con un hombre llamado José, de la estirpe de David; la virgen se llamaba María. El ángel, entrando en su presencia, dijo: «Alégrate, llena de gracia, el Señor está contigo».

Ella se turbó ante estas palabras y se preguntaba qué saludo era aquel. El ángel le dijo: «No temas, María, porque has encontrado gracia ante Dios. Concebirás en tu vientre y darás a luz un hijo, y le pondrás por nombre Jesús. Será grande, se llamará Hijo del Altísimo, el Señor Dios le dará el trono de David, su padre, reinará sobre la casa de Jacob para siempre y su reino no tendrá fin».

Y María dijo al ángel: «¿Cómo será eso, pues no conozco varón?». El ángel le contestó: «El Espíritu Santo vendrá sobre ti, y la fuerza del Altísimo te cubrirá con su sombra; por eso el Santo que va a nacer se llamará Hijo de Dios. Ahí tienes a tu pariente Isabel, que, a pesar de su vejez, ha concebido un hijo y ya está de seis meses la que llamaban estéril, porque para Dios nada hay imposible».

María contestó: «Aquí está la esclava del Señor; hágase en mí según tu palabra». Y la dejó el ángel.

La turbación

Siempre me ha llamado la atención de este texto la turbación de María. Ese momento de desconfianza innato a la persona

que no comprende algo o no sabe bien cómo afrontarlo. Un momento pasajero, fruto de la propia menesterosidad, pero a la vez significativo, porque muestra la humanidad de quien se tambalea antes de confiar plenamente. Manifiesta que nuestra confianza a veces va unida al temblor y a la duda. Que en ocasiones son momentos paralelos que se superponen y que no quitan ni un ápice de valor a nuestras acciones. Como María, también nos turbamos y nos sobreponemos confiando una vez más en su Palabra, hasta decir: «Hágase».

MARZO

26

Jueves

Primera lectura: Éxodo 32,7-14

Salmo 105: Acuérdate de mí, Señor, por amor a tu pueblo

Evangelio: Juan 5,31-47

En aquel tiempo dijo Jesús a los judíos: «Si yo doy testimonio de mí mismo, mi testimonio no es válido. Hay otro que da testimonio de mí, y sé que es válido el testimonio que da de mí. Vosotros enviasteis mensajeros a Juan, y él ha dado testimonio de la verdad. No es que yo dependa del testimonio de un hombre; si digo esto es para que vosotros os salvéis. Juan era lámpara que ardía y brillaba, y vosotros quisisteis gozar un instante de su luz. Pero el testimonio que yo tengo es mayor que el de Juan: las obras que el Padre me ha concedido realizar; esas obras que hago dan testimonio de mí; que el Padre me ha enviado. Y el Padre, que me envió, él mismo ha dado testimonio de mí. Nunca habéis escuchado su voz ni visto su semblante, y su palabra no habita en vosotros, porque al que él envió no lo creéis. Estudiáis las Escrituras pensando encontrar en ellas vida eterna; pues

ellas están dando testimonio de mí, ¡y no queréis venir a mí para tener vida! No recibo gloria de los hombres; además, os conozco y sé que el amor de Dios no está en vosotros. Yo he venido en nombre de mi Padre y no me recibisteis; si otro viene en nombre propio, a ese sí lo recibiréis. ¿Cómo podréis creer vosotros, que aceptáis gloria unos de otros y no buscáis la gloria que viene del único Dios? No penséis que yo os voy a acusar ante el Padre, hay uno que os acusa: Moisés, en quien tenéis vuestra esperanza. Si creyeráis a Moisés me creeríais a mí, porque de mí escribió él. Pero si no dais fe a sus escritos, ¿cómo daréis fe a mis palabras?».

Un instante de su luz

A eso aspiramos todos. A conseguir ese instante de su luz. Una luz anunciada. Una luz postergada en ocasiones. Una luz negada por algunos. Una luz deseada. La del Padre a su Hijo que por el Espíritu se nos regala. Alumbrados como estamos por su luz, en muchas ocasiones no sabemos aceptarla o diferenciarla de otras luces. Porque la luz de Dios en su Hijo nos desarma pidiéndonos una entrega generosa hasta el extremo. Y ponernos bajo esa luz nos desnuda. Nos deja tan desvalidos que preferimos el calor de otras lucecitas a la rotundidad de su Luz.

Primera lectura: Sabiduría 2,1.12-22

Salmo 33: El Señor está cerca de los atribulados

Evangelio: Juan 7,1-2.10.25-30

En aquel tiempo recorría Jesús Galilea, pues no quería andar por Judea, porque los judíos trataban de matarlo. Se acercaba la fiesta judía de las Tiendas. Después de que sus parientes se marcharon a la fiesta, entonces subió él también, no abiertamente, sino a escondidas. Entonces algunos que eran de Jerusalén dijeron: «¿No es este al que intentan matar? Pues mirad cómo habla abiertamente, y no le dicen nada. ¿Será que los jefes se han convencido de que este es el Mesías? Pero este sabemos de dónde viene, mientras que el Mesías, cuando llegue, nadie sabrá de dónde viene». Entonces Jesús, mientras enseñaba en el templo, gritó: «A mí me conocéis y conocéis de dónde vengo. Sin embargo, yo no vengo por mi cuenta, sino enviado por el que es veraz; a ese vosotros no lo conocéis; yo lo conozco, porque procedo de él, y él me ha enviado». Entonces intentaban agarrarlo; pero nadie le pudo echar mano, porque todavía no había llegado su hora.

El enviado

Hacía un día soleado y Jesús se dejó bañar por la luz que inundaba la estancia mientras recordaba, de forma clara, los acontecimientos que había vivido en los últimos años. Las palabras y los encuentros, las curaciones y los milagros, la fe de la gente sencilla y los laberintos de los poderosos, la entrega de los marginados y la luz de los ojos de los pobres. A todos quiso abrirles un horizonte de plenitud con su vida, a todos quiso invitarlos a la

mesa, a todos les regaló la posibilidad de nacer de nuevo. Sin embargo, en muchas ocasiones, sus palabras y sus hechos naufragaron en el mar de la incomprensión. No comprendieron que era el enviado. El Mesías, el Señor.

MARZO

28

Sábado

Primera lectura: Jeremías 11,18-20

Salmo 7: Señor, Dios mío, a ti me acojo

o Miqueas 7,7-9; Salmo 26; Juan 9,1-41

Evangelio: Juan 7,40-53

En aquel tiempo, algunos de entre la gente, que habían oído los discursos de Jesús, decían: «Este es de verdad el Profeta». Otros decían: «Este es el Mesías». Pero otros decían: «¿Es que de Galilea va a venir el Mesías? ¿No dice la Escritura que el Mesías vendrá del linaje de David, y de Belén, el pueblo de David?». Y así surgió entre la gente una discordia por su causa. Algunos querían prenderlo, pero nadie le puso la mano encima.

Los guardias del templo acudieron a los sumos sacerdotes y fariseos, y estos les dijeron: «¿Por qué no lo habéis traído?». Los guardias respondieron: «Jamás ha hablado nadie como ese hombre». Los fariseos les replicaron: «¿También vosotros os habéis dejado embaucar? ¿Hay algún jefe o fariseo que haya creído en él? Esa gente que no entiende de la Ley son unos malditos». Nicodemo, el que había ido en otro tiempo a visitarlo y que era fariseo, les dijo: «¿Acaso nuestra Ley permite juzgar a nadie sin escucharlo primero y averiguar lo que ha hecho?». Ellos le replicaron: «¿También tú eres galileo? Estudia y verás que de Galilea no salen profetas». Y se volvieron cada uno a su casa.

Todos te culpan

Y como una retahíla que enhebra súplicas y deseos, unos y otros te condenan, te señalan, te insultan y te rebajan. Unos y otros buscan apagarte echándote encima toda clase de improperios y falsedades. Y mientras esto pasa casi nadie sale en tu defensa. Resguardados, esperan que pase la tormenta mientras la violencia deriva en latigazos y golpes. Nicodemo lo intenta y lo callan. De Galilea no puede salir nada bueno. Obviedades y falsedades que tanto ayer como hoy siguen tirándose al viento. Con el afán de dejar por los suelos a quien trae el mensaje de salvación.

MARZO



DOMINGO V CUARESMA

Primera lectura: Ezequiel 37,12-14

Salmo 129: Del Señor viene la misericordia, la redención copiosa

Segunda lectura: Romanos 8,8-11

Evangelio: Juan 11,1-45 (o 11,3-7.17.20-27.33-45)

En aquel tiempo, un cierto Lázaro, de Betania, la aldea de María y Marta, su hermana, había caído enfermo. María era la que ungió al Señor con perfume y le enjugó los pies con su cabellera; el enfermo era su hermano Lázaro. Las hermanas mandaron recado a Jesús, diciendo: «Señor, tu amigo Lázaro está enfermo». Jesús, al oírlo, dijo: «Esta enfermedad no acabará en la muerte, sino que servirá para la gloria de Dios, para que el Hijo de Dios sea glorificado por ella». Jesús amaba a Marta, a su hermana y a Lázaro.

Cuando se enteró de que estaba enfermo se quedó todavía dos días donde estaba. Solo entonces dice a sus discípulos:

«Vamos otra vez a Judea». Los discípulos le replican: «Maestro, hace poco intentaban apedrearte los judíos, ¿y vas a volver allí?». Jesús contestó: «¿No tiene el día doce horas? Si uno camina de día no tropieza, porque ve la luz de este mundo; pero si camina de noche tropieza, porque le falta la luz». Dicho esto, añadió: «Lázaro, nuestro amigo, está dormido; voy a despertarlo». Entonces le dijeron sus discípulos: «Señor, si duerme se salvará». Jesús se refería a su muerte; en cambio ellos creyeron que hablaba del sueño natural. Entonces Jesús les replicó claramente: «Lázaro ha muerto, y me alegro por vosotros de que no hayamos estado allí, para que creáis. Y ahora vamos a su casa». Entonces Tomás, apodado el Mellizo, dijo a los demás discípulos: «Vamos también nosotros y muramos con él».

Cuando Jesús llegó, Lázaro llevaba ya cuatro días enterrado. Betania distaba poco de Jerusalén: unos tres kilómetros; y muchos judíos habían ido a ver a Marta y a María para darle el pésame por su hermano. Cuando Marta se enteró de que llegaba Jesús salió a su encuentro, mientras María se quedaba en casa. Y dijo Marta a Jesús: «Señor, si hubieras estado aquí no habría muerto mi hermano. Pero aún sé que todo lo que pidas a Dios, Dios te lo concederá». Jesús le dijo: «Tu hermano resucitará». Marta respondió: «Sé que resucitará en la resurrección del último día». Jesús le dice: «Yo soy la resurrección y la vida: el que cree en mí, aunque haya muerto, vivirá; y el que está vivo y cree en mí no morirá para siempre. ¿Crees esto?». Ella le contestó: «Sí, Señor: yo creo que tú eres el Mesías, el Hijo de Dios, el que tenía que venir al mundo». Y, dicho esto, fue a llamar a su hermana María, diciéndole en voz baja: «El maestro está ahí y te llama».

Apenas lo oyó se levantó y salió adonde estaba él; porque Jesús no había entrado todavía en la aldea, sino que estaba aún donde Marta lo había encontrado. Los judíos que estaban con ella en casa consolándola, al ver que María se levantaba y salía deprisa, la siguieron, pensando que iba al sepulcro a llorar allí. Cuando

llegó María adonde estaba Jesús, al verlo se echó a sus pies, diciéndole: «Señor, si hubieras estado aquí no habría muerto mi hermano». Jesús, viéndola llorar a ella y viendo llorar a los judíos que la acompañaban, sollozó y, muy conmovido, preguntó: «¿Dónde lo habéis puesto?». Le contestaron: «Señor, ven a verlo». Jesús se echó a llorar. Los judíos comentaban: «¿Cómo lo quería!». Pero algunos dijeron: «Y uno que le ha abierto los ojos a un ciego, ¿no podía haber impedido que muriera este?».

Jesús, sollozando de nuevo, llega al sepulcro. Era una cavidad cubierta con una losa. Dice Jesús: «Quitad la losa». Marta, la hermana del muerto, le dice: «Señor, ya huele mal, porque lleva cuatro días». Jesús le dice: «¿No te he dicho que si crees verás la gloria de Dios?». Entonces quitaron la losa. Jesús, levantando los ojos a lo alto, dijo: «Padre, te doy gracias porque me has escuchado; yo sé que tú me escuchas siempre; pero lo digo por la gente que me rodea, para que crean que tú me has enviado». Y dicho esto gritó con voz potente: «Lázaro, ven fuera». El muerto salió, los pies y las manos atados con vendas y la cara envuelta en un sudario. Jesús les dijo: «Desatadlo y dejadlo andar». Y muchos judíos que habían venido a casa de María, al ver lo que había hecho Jesús, creyeron en él.

Las lágrimas de Jesús

Se derraman por su amigo. Lázaro. Se conmueve por su vida y por su familia. Y el Jesús que a veces se muestra distante se derrumba ante la muerte y le regala la oportunidad de la vida. Jesús se hace cercano al dolor y a la pérdida, al cariño de sus amigos, al sentimiento de no volver a encontrarte nunca más con quien amas. Es solidario con la pena de sus hermanas y tiene empatía con los que sufren aun sabiendo que la vida plena pasa por el tránsito de la muerte. Un camino que no termina ahí, en la nada, sino que se abre a la esperanza de quien abre los ojos a la resurrección. Sin lágrimas.

MARZO

30

Lunes

Primera lectura: Daniel 13,1-9.15-17.19-30.33-62 o 13,41-62

Salmo 22: Aunque camine por cañadas oscuras, nada temo,
porque tú vas conmigo

Evangelio: Juan 8,1-11

En aquel tiempo, Jesús se retiró al monte de los Olivos. Al amanecer se presentó de nuevo en el templo, y todo el pueblo acudía a él, y, sentándose, les enseñaba. Los escribas y los fariseos le traen una mujer sorprendida en adulterio, y, colocándola en medio, le dijeron: «Maestro, esta mujer ha sido sorprendida en flagrante adulterio. La ley de Moisés nos manda apedrear a las adúlteras; tú, ¿qué dices?». Le preguntaban esto para comprometerlo y poder acusarlo. Pero Jesús, inclinándose, escribía con el dedo en el suelo. Como insistían en preguntarle se incorporó y les dijo: «El que esté sin pecado que le tire la primera piedra». E inclinándose otra vez siguió escribiendo. Ellos, al oírlo, se fueron escabullendo uno a uno, empezando por los más viejos. Y quedó solo Jesús con la mujer, en medio, que seguía allí delante. Jesús se incorporó y le preguntó: «Mujer, ¿dónde están tus acusadores?; ¿ninguno te ha condenado?». Ella contestó: «Ninguno, Señor». Jesús dijo: «Tampoco yo te condeno. Anda y en adelante no peques más».

El discernimiento

Como si de claves para hacer un discernimiento, este encuentro de Jesús con la mujer pecadora nos enseña a abrirnos a la verdad y evitar lo inmediato. Jesús se calla y se toma un tiempo antes de contestar. Después ofrece un criterio que ilumina la realidad: «El que esté libre de pecado que tire la primera piedra».

Unos se van marchando y él se queda invitando a la mujer a no pecar más, sin más castigo que la misericordia que se derrama con su acción y que da sentido a toda la escena.

MARZO

31

Martes

Primera lectura: Números 21,4-9

Salmo 101: Señor, escucha mi oración, que mi grito llegue hasta ti

Evangelio: Juan 8,21-30

En aquel tiempo dijo Jesús a los fariseos: «Yo me voy y me buscaréis, y moriréis por vuestro pecado. Donde yo voy no podéis venir vosotros». Y los judíos comentaban: «¿Será que va a suicidarse y por eso dice: “Dónde yo voy no podéis venir vosotros”?». Y él continuaba: «Vosotros sois de aquí abajo, yo soy de allá arriba; vosotros sois de este mundo, yo no soy de este mundo. Con razón os he dicho que moriréis por vuestros pecados: pues, si no creéis que yo soy, moriréis por vuestros pecados». Ellos le decían: «¿Quién eres tú?». Jesús les contestó: «Ante todo, eso mismo que os estoy diciendo. Podría decir y condenar muchas cosas en vosotros; pero el que me envió es veraz, y yo comunico al mundo lo que he aprendido de él». Ellos no comprendieron que les hablaba del Padre. Y entonces dijo Jesús: «Cuando levantéis al Hijo del hombre sabréis que yo soy, y que no hago nada por mi cuenta, sino que hablo como el Padre me ha enseñado. El que me envió está conmigo, no me ha dejado solo; porque yo hago siempre lo que le agrada». Cuando les exponía esto, muchos creyeron en él.

Este mundo y el otro

Así se debería sentir Jesús, entre ambos mundos. No sabiendo muy bien cómo desenvolverse entre uno y otro. Entre el mundo del Padre, que lo envió, y el mundo de quienes lo escuchan y no lo entienden. Y también creen en él, como apunta el evangelista al final de este relato. «Muchos creyeron en él», como nosotros, que acompañamos su palabra día a día y nos disponemos un año más a subir al Calvario, volver a ser espectadores de la pasión y ser testigos de la resurrección. Aquilatando de nuevo el valor de la confianza, entre este mundo y el otro.

ABRIL

1

Miércoles

Primera lectura: Daniel 3,114-20.91-92.95

Salmo: Daniel 3,52-56: A ti gloria y alabanza por los siglos

Evangelio: Juan 8,31-42

En aquel tiempo dijo Jesús a los judíos que habían creído en él: «Si os mantenéis en mi palabra seréis de verdad discípulos míos; conoceréis la verdad, y la verdad os hará libres». Le replicaron: «Somos linaje de Abrahán y nunca hemos sido esclavos de nadie. ¿Cómo dices tú: "Seréis libres"?». Jesús les contestó: «Os aseguro que quien comete pecado es esclavo. El esclavo no se queda en la casa para siempre, el hijo se queda para siempre. Y si el Hijo os hace libres, seréis realmente libres. Ya sé que sois linaje de Abrahán; sin embargo, tratáis de matarme, porque no dais cabida a mis palabras. Yo hablo de lo que he visto junto a mi Padre, pero vosotros hacéis lo que le habéis oído a vuestro padre». Ellos replicaron: «Nuestro padre es Abrahán». Jesús les dijo: «Si fuerais hijos de Abrahán haríais lo que hizo Abrahán. Sin embargo,

tratáis de matarme a mí, que os he hablado de la verdad que le escuché a Dios, y eso no lo hizo Abrahán. Vosotros hacéis lo que hace vuestro padre» Le replicaron: «Nosotros no somos hijos de prostitutas; tenemos un solo padre: Dios». Jesús les contestó: «Si Dios fuera vuestro padre, me amaríais, porque yo salí de Dios, y aquí estoy. Pues no he venido por mi cuenta, sino que él me envió».

El sendero de la verdad

Es a veces el menos transitado. El que nadie elige por miedo, por cobardía o por respeto. Transitamos, por contra, caminos de confusión y mentira, pero la vida espera siempre la rotundidad de la verdad, que nos caigamos de bruces con todo nuestro andamiaje y consigamos mostrarnos tal como somos. Jesús, en su predicación, busca constantemente poner al hombre en la tesitura de la propia verdad: reconociendo su pobreza, asumiendo su valía, profesando la fe. Y caminando por ese sendero es cuando se descubre lo mejor de cada uno, esa transparencia que nos desprotege y que nos hace más dóciles a su palabra, confiados plenamente en Aquel que nos ama.

ABRIL

2

Jueves

San Francisco de Paula

Primera lectura: Génesis 17,3-9

Salmo 104: El Señor se acuerda de su alianza eternamente

Evangelio: Juan 8,51-59

En aquel tiempo dijo Jesús a los judíos: «Os aseguro: quien guarda mi palabra no sabrá lo que es morir para siempre». Los judíos le dijeron: «Ahora vemos claro que estás endemoniado; Abrahán

murió, los profetas también, ¿y tú dices: “Quien guarde mi palabra no conocerá lo que es morir para siempre”? ¿Eres tú más que nuestro padre Abrahán, que murió? También los profetas murieron, ¿por quién te tienes?». Jesús contestó: «Si yo me glorificara a mí mismo, mi gloria no valdría nada. El que me glorifica es mi Padre, de quien vosotros decís: “Es nuestro Dios”, aunque no lo conocéis. Yo sí lo conozco, y si dijera: “No lo conozco”, sería, como vosotros, un embustero; pero yo lo conozco y guardo su palabra. Abrahán, vuestro padre, saltaba de gozo pensando ver mi día; lo vio y se llenó de alegría». Los judíos le dijeron: «No tienes todavía cincuenta años, ¿y has visto a Abrahán?». Jesús les dijo: «Os aseguro que antes de que naciera Abrahán existo yo». Entonces cogieron piedras para tirárselas, pero Jesús se escondió y salió del templo.

Las palabras guardadas

Como un secreto. Protegidas de la intemperie. Sentidas en lo más profundo. Así habita la Palabra de Dios en nosotros. Como bálsamo, como escudo, como lugar de descanso. Como esas palabras que María escondía en su corazón, meditadas a fuego lento. Como las palabras que resonaban en la cabeza de los discípulos cuando escuchaban a Jesús. Como esas palabras del evangelio de Juan que resuenan ahora casi como un enigma que invita a la vida eterna. «Que a vida eterna sabe», como diría san Juan de la Cruz de la llama; a vida eterna y a fuego abrasador que cambia la vida de quien está dispuesto a escucharlas.

Primera lectura: Jeremías 20,10-13

Salmo 17: En el peligro invoqué al Señor, y me escuchó

Evangelio: Juan 10,31-42

En aquel tiempo, los judíos cogieron piedras para apedrear a Jesús. Él les replicó: «Os he hecho ver muchas obras buenas por encargo de mi Padre: ¿por cuál de ellas me apedreáis?». Los judíos le contestaron: «No te apedreemos por una obra buena, sino por una blasfemia: porque tú, siendo un hombre, te haces Dios». Jesús les replicó: «¿No está escrito en vuestra ley: “Yo os digo: ‘Sois dioses’”? Si la Escritura llama dioses a aquellos a quienes vino la palabra de Dios (y no puede fallar la Escritura), a quien el Padre consagró y envió al mundo, ¿decís vosotros que blasfema porque dice que es hijo de Dios? Si no hago las obras de mi Padre no me creáis, pero si las hago, aunque no me creáis a mí, creed a las obras, para que comprendáis y sepáis que el Padre está en mí y yo en el Padre».

Intentaron de nuevo detenerlo, pero se les escabulló de las manos. Se marchó de nuevo al otro lado del Jordán, al lugar donde antes había bautizado Juan, y se quedó allí. Muchos acudieron a él y decían: «Juan no hizo ningún signo; pero todo lo que Juan dijo de este era verdad». Y muchos creyeron en él allí.

La piedra de la blasfemia

Siendo un hombre te haces Dios. Primera piedra. Curas en sábado. Segunda piedra. Calumnias sobre el Templo. Tercera piedra. Y así los enemigos de Jesús construyeron el muro de la incomprensión sin dejar espacio siquiera para una explicación. Cerrando la puerta a que fuera obra de Dios, porque tenían por

seguro que era obra de hombre. Y, por tanto, era blasfemia. Y contra la blasfemia había que actuar con rotundidad, con vehemencia, incluso con ira. Porque Dios no se anda con chiquitas. Sin caer en la cuenta de que el rostro de Dios que se refleja en Jesús sabe poco de piedras y muros, nutriéndose, sin embargo, de esa misericordia capaz de tender puentes y romper prejuicios.

ABRIL

4

Sábado

Primera lectura: Ezequiel 37,21-28

Salmo: Jeremías 31,10-13: El Señor nos guardará como un pastor
a su rebaño

Evangelio: Juan 11,45-57

En aquel tiempo, muchos judíos que habían venido a casa de María, al ver lo que había hecho Jesús, creyeron en él. Pero algunos acudieron a los fariseos y les contaron lo que había hecho Jesús.

Los sumos sacerdotes y los fariseos convocaron el Sanedrín y dijeron: «¿Qué hacemos? Este hombre hace muchos signos. Si lo dejamos seguir, todos creerán en él, y vendrán los romanos y nos destruirán el lugar santo y la nación». Uno de ellos, Caifás, que era sumo sacerdote aquel año, les dijo: «Vosotros no entendéis ni palabra; no comprendéis que os conviene que uno muera por el pueblo y que no perezca la nación entera». Esto no lo dijo por propio impulso, sino que, por ser sumo sacerdote aquel año, habló proféticamente, anunciando que Jesús iba a morir por la nación; y no solo por la nación, sino también para reunir a los hijos de Dios dispersos. Y aquel día decidieron darle muerte.

Por eso Jesús ya no andaba públicamente con los judíos, sino que se retiró a la región vecina al desierto, a una ciudad llamada Efraín, y pasaba allí el tiempo con los discípulos.

Se acercaba la Pascua de los judíos, y muchos de aquella región subían a Jerusalén, antes de la Pascua, para purificarse. Buscaban a Jesús y, estando en el templo, se preguntaban: «¿Qué os parece? ¿No vendrá a la fiesta?». Los sumos sacerdotes y fariseos habían mandado que el que se enterase de dónde estaba les avisara para prenderlo.

Vísperas

La vida se juega en las vísperas. Y Jesús lo sabía aquel día en el que los discípulos se dedicaron a prepararlo todo para celebrar la cena de despedida mientras que él aprovechaba para calmar su incertidumbre. Aunque imaginaba en su mente el posible desarrollo de los acontecimientos, sabía que era el momento de mantener la calma y prender la llama de la confianza. Una confianza que se fundamentaba en el amor del Padre, que seguía estando presente más allá de cualquier oscuridad.

COMIENZA LA SEMANA SANTA

ABRIL



DOMINGO DE RAMOS

San Vicente Ferrer

Primera lectura: Isaías 50,4-7

Salmo 21: Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?

Segunda lectura: Filipenses 2,6-11

Evangelio: Mateo 26,14-27,66

C. En aquel tiempo [uno de los Doce, llamado Judas Iscariote, fue a los sumos sacerdotes y les propuso:

S. «¿Qué estáis dispuestos a darme si os lo entrego?».

C. Ellos se ajustaron con él en treinta monedas. Y desde entonces andaba buscando ocasión propicia para entregarlo.

El primer día de los ázimos se acercaron los discípulos a Jesús y le preguntaron:

S. «¿Dónde quieres que te preparemos la cena de Pascua?»

C. Él contestó:

+. «Id a casa de fulano y decidle: “El Maestro dice: ‘Mi momento está cerca; deseo celebrar la Pascua en tu casa con mis discípulos’”».

C. Los discípulos cumplieron las instrucciones de Jesús y prepararon la Pascua.

Al atardecer se puso a la mesa con los Doce. Mientras comían dijo:

+. «Os aseguro que uno de vosotros me va a entregar».

C. Ellos, consternados, se pusieron a preguntarle uno tras otro:

S. «¿Soy yo acaso, Señor?».

C. Él respondió:

+. «El que ha mojado en la misma fuente que yo, ese me va a entregar. El Hijo del hombre se va, como está escrito de él; pero,

¡ay del que va a entregar al Hijo del hombre!, más le valdría no haber nacido».

C. Entonces preguntó Judas, el que lo iba a entregar:

S. «¿Soy yo acaso, Maestro?».

C. Él respondió:

+. «Así es».

C. Durante la cena, Jesús cogió pan, pronunció la bendición, lo partió y lo dio a los discípulos, diciendo:

+. «Tomad, comed: esto es mi cuerpo».

C. Y, cogiendo un cáliz, pronunció la acción de gracias y se lo pasó, diciendo:

+. «Bebed todos, porque esta es mi sangre; sangre de la alianza derramada por todos para el perdón de los pecados. Y os digo que no beberé más del fruto de la vid hasta el día que beba con vosotros el vino nuevo en el reino de mi Padre».

C. Cantaron el salmo y salieron para el monte de los Olivos.

Entonces Jesús les dijo:

+. «Esta noche vais a caer todos por mi causa, porque está escrito: “Heriré al pastor y se dispersarán las ovejas del rebaño”. Pero, cuando resucite, iré antes que vosotros a Galilea».

C. Pedro replicó:

S. «Aunque todos caigan por tu causa, yo jamás caeré».

C. Jesús le dijo:

+. «Te aseguro que esta noche, antes de que el gallo cante tres veces, me negarás».

C. Pedro le replicó:

S. «Aunque tenga que morir contigo, no te negaré».

C. Y lo mismo decían los demás discípulos.

Entonces Jesús fue con ellos a un huerto, llamado Getsemaní, y les dijo:

+. «Sentaos aquí mientras voy allá a orar».

C. Y, llevándose a Pedro y a los dos hijos de Zebedeo, empezó a entristecerse y a angustiarse. Entonces dijo:

+. «Me muero de tristeza: quedaos aquí y velad conmigo».

C. Y, adelantándose un poco, cayó rostro en tierra y oraba diciendo:

+. «Padre mío, si es posible que pase y se aleje de mí ese cáliz. Pero no se haga lo que yo quiero, sino lo que tú quieres».

C. Y se acercó a los discípulos y los encontró dormidos. Dijo a Pedro:

+. «¿No habéis podido velar una hora conmigo? Velad y orad para no caer en la tentación, pues el espíritu es decidido, pero la carne es débil».

C. De nuevo se apartó por segunda vez y oraba diciendo:

+. «Padre mío, si este cáliz no puede pasar sin que yo lo beba, hágase tu voluntad».

C. Y, viniendo otra vez, los encontró dormidos, porque estaban muertos de sueño. Dejándolos de nuevo, por tercera vez oraba repitiendo las mismas palabras. Luego se acercó a sus discípulos y les dijo:

+. «Ya podéis dormir y descansar. Mirad, está cerca la hora y el Hijo del hombre va a ser entregado en manos de los pecadores. ¡Levantaos, vamos! Ya está cerca el que me entrega».

C. Todavía estaba hablando cuando apareció Judas, uno de los Doce, acompañado de un tropel de gente, con espadas y palos, mandado por los sumos sacerdotes y los senadores del pueblo. El traidor les había dado esta contraseña:

S. «Al que yo bese, ese es: detenedlo».

C. Después se acercó a Jesús y le dijo:

S. «¡Salve, Maestro!».

C. Y lo besó. Pero Jesús le contestó:

+. «Amigo, ¿a qué vienes?».

C. Entonces se acercaron a Jesús y le echaron mano para detenerlo. Uno de los que estaban con él cogió la espada, la desenvainó y de un tajo le cortó la oreja al criado del sumo sacerdote. Jesús le dijo:

+. «Envaina la espada: quien usa espada, a espada morirá. ¿Piensas tú que no puedo acudir a mi Padre? Él me mandaría enseguida más de doce legiones de ángeles. Pero entonces no se cumpliría la Escritura que dice que esto tiene que pasar».

C. Entonces dijo Jesús a la gente:

+. «¿Habéis salido a prenderme con espadas y palos como a un bandido? A diario me sentaba en el templo a enseñar y, sin embargo, no me detuvisteis».

C. Todo esto ocurrió para que se cumpliera lo que escribieron los profetas. En aquel momento todos los discípulos lo abandonaron y huyeron.

Los que detuvieron a Jesús lo llevaron a casa de Caifás, el sumo sacerdote, donde se habían reunido los letrados y los senadores. Pedro lo seguía de lejos hasta el palacio del sumo sacerdote y, entrando dentro, se sentó con los criados para ver en qué paraba aquello. Los sumos sacerdotes y el consejo en pleno buscaban un falso testimonio contra Jesús para condenarlo a muerte y no lo encontraban, a pesar de los muchos falsos testigos que comparecían. Finalmente comparecieron dos que declararon:

S. «Este ha dicho: “Puedo destruir el templo de Dios y reconstruirlo en tres días”.

C. El sumo sacerdote se puso en pie y le dijo:

S. «¿No tienes nada que responder? ¿Qué son estos cargos que levantan contra ti?».

C. Pero Jesús callaba. Y el sumo sacerdote le dijo:

S. «Te conjuro por Dios vivo a que nos digas si tú eres el Mesías, el Hijo de Dios».

C. Jesús le respondió:

+. «Tú lo has dicho. Más aún, yo os digo: desde ahora veréis que el Hijo del hombre está sentado a la derecha del Todopoderoso y que viene sobre las nubes del cielo».

C. Entonces el sumo sacerdote rasgó sus vestiduras, diciendo:

S. «Ha blasfemado. ¿Qué necesidad tenemos ya de testigos? Acabáis de oír la blasfemia. ¿Qué decidís?».

C. Y ellos contestaron:

S. «Es reo de muerte».

C. Entonces le escupieron a la cara y lo abofetearon; otros lo golpearon diciendo:

S. «Haz de profeta, Mesías; dinos quién te ha pegado».

C. Pedro estaba sentado fuera en el patio y se le acercó una criada y le dijo:

S. «También tú andabas con Jesús el Galileo».

C. Él lo negó delante de todos, diciendo:

S. «No sé qué quieres decir».

C. Y al salir al portal lo vio otra y dijo a los que estaban allí:

S. «Este andaba con Jesús el Nazareno».

C. Otra vez negó él con juramento:

S. «No conozco a ese hombre».

C. Poco después se acercaron los que estaban allí y dijeron:

S. «Seguro; tú también eres de ellos, se te nota en el acento».

C. Entonces él se puso a echar maldiciones y a jurar, diciendo:

S. «No conozco a ese hombre».

C. Y enseguida cantó un gallo. Pedro se acordó de aquellas palabras de Jesús: «Antes de que cante el gallo me negarás tres veces». Y, saliendo afuera, lloró amargamente.

Al hacerse de día, todos los sumos sacerdotes y los senadores del pueblo se reunieron para preparar la condena a muerte de Jesús. Y atándolo lo llevaron y lo entregaron a Pilato, el gobernador.

Entonces el traidor sintió remordimiento y devolvió las treinta monedas de plata a los sumos sacerdotes y senadores, diciendo:

S. «He pecado, he entregado a la muerte a un inocente».

C. Pero ellos dijeron:

S. «¿A nosotros qué? ¡Allá tú!».

C. Él, arrojando las monedas en el templo, se marchó; y fue y se ahorcó. Los sacerdotes, recogiendo las monedas, dijeron:

S. «No es lícito echarlas en el arca de las ofrendas, porque son precio de sangre».

C. Y, después de discutirlo, compraron con ellas el Campo del Alfarero para cementerio de forasteros. Por eso aquel campo se llama todavía «Campo de Sangre». Así se cumplió lo escrito por Jeremías, el profeta: «Y tomaron las treinta monedas de plata, el precio de uno que fue tasado, según la tasa de los hijos de Israel, y pagaron con ellas el Campo del Alfarero, como me lo había ordenado el Señor».]

Jesús fue llevado ante el gobernador, y el gobernador le preguntó:

S. «¿Eres tú el rey de los judíos?».

C. Jesús respondió:

+. «Tú lo dices».

C. Y, mientras lo acusaban los sumos sacerdotes y los senadores, no contestaba nada. Entonces Pilato le preguntó:

S. «¿No oyes cuántos cargos presentan contra ti?».

C. Como no contestaba a ninguna pregunta, el gobernador estaba muy extrañado. Por la fiesta, el gobernador solía soltar un preso, el que la gente quisiera. Tenía entonces un preso famoso, llamado Barrabás. Cuando la gente acudió, dijo Pilato:

S. «¿A quién queréis que os suelte, a Barrabás o a Jesús, a quien llaman el Mesías?».

C. Pues sabía que se lo habían entregado por envidia. Y, mientras estaba sentado en el tribunal, su mujer le mandó a decir:

S. «No te metas con ese justo, porque esta noche he sufrido mucho soñando con él».

C. Pero los sumos sacerdotes y los senadores convencieron a la gente que pidieran el indulto de Barrabás y la muerte de Jesús. El gobernador preguntó:

S. «¿A cuál de los dos queréis que os suelte?».

C. Ellos dijeron:

S. «A Barrabás».

C. Pilato les preguntó:

S. «¿Y qué hago con Jesús, llamado el Mesías?».

C. Contestaron todos:

S. «¡Que lo crucifiquen!».

C. Pilato insistió:

S. «Pues, ¿qué mal ha hecho?».

C. Pero ellos gritaban más fuerte:

S. «¡Que lo crucifiquen!».

C. Al ver Pilato que todo era inútil y que, al contrario, se estaba formando un tumulto, tomó agua y se lavó las manos en presencia del pueblo, diciendo:

S. «Soy inocente de esta sangre. ¡Allá vosotros!».

C. Y el pueblo entero contestó:

S. «¡Su sangre caiga sobre nosotros y sobre nuestros hijos!».

C. Entonces les soltó a Barrabás; y a Jesús, después de azotarlo, lo entregó para que lo crucificaran.

Los soldados del gobernador se llevaron a Jesús al pretorio y reunieron alrededor de él a toda la compañía: lo desnudaron y le pusieron un manto de color púrpura y trenzando una corona de espinas se la ciñeron a la cabeza y le pusieron una caña en la mano derecha. Y, doblando ante él la rodilla, se burlaban de él, diciendo:

S. «¡Salve, rey de los judíos!».

C. Luego lo escupían, le quitaban la caña y le golpeaban con ella la cabeza. Y, terminada la burla, le quitaron el manto, le pusieron su ropa y lo llevaron a crucificar.

Al salir encontraron a un hombre de Cirene, llamado Simón, y lo forzaron a que llevara la cruz. Cuando llegaron al lugar llamado Gólgota (que quiere decir: «La Calavera»), le dieron a beber vino mezclado con hiel; él lo probó, pero no quiso beberlo. Después de crucificarlo se repartieron su ropa echándola a suertes y luego se sentaron a custodiarlo. Encima de la cabeza colocaron un letrero con la acusación: «Este es Jesús, el rey de

los judíos». Crucificaron con él a dos bandidos, uno a la derecha y otro a la izquierda.

Los que pasaban, lo injuriaban y decían meneando la cabeza:

S. «Tú, que destruías el templo y lo reconstruías en tres días, sálvate a ti mismo; si eres Hijo de Dios, baja de la cruz».

C. Los sumos sacerdotes con los letrados y los senadores se burlaban también, diciendo:

S. «A otros ha salvado y él no se puede salvar. ¿No es el Rey de Israel? Que baje ahora de la cruz y le creeremos. ¿No ha confiado en Dios? Si tanto lo quiere Dios, que lo libre ahora. ¿No decía que era Hijo de Dios?».

C. Hasta los bandidos que estaban crucificados con él lo insultaban.

Desde el mediodía hasta la media tarde vinieron tinieblas sobre toda aquella región. A media tarde, Jesús gritó:

+ «*Elí, Elí, lamá sabaktaní*».

C. (Es decir:

+ «Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?».)

C. Al oírlo, algunos de los que estaban por allí dijeron:

S. «A Elías llama este».

C. Uno de ellos fue corriendo; enseguida cogió una esponja empapada en vinagre y, sujetándola en una caña, le dio de beber. Los demás decían:

S. «Déjalo, a ver si viene Elías a salvarlo».

C. Jesús dio otro grito fuerte y exhaló el espíritu.

Todos se arrodillan, y se hace una pausa.

C. Entonces el velo del templo se rasgó en dos de arriba abajo; la tierra tembló, las rocas se rajaron, las tumbas se abrieron y muchos cuerpos de santos que habían muerto resucitaron. Después de que él resucitó salieron de las tumbas, entraron en la Ciudad Santa y se aparecieron a muchos.

El centurión y sus hombres, que custodiaban a Jesús, al ver el terremoto y lo que pasaba, dijeron aterrorizados:

S. «Realmente este era Hijo de Dios».

[C. Había allí muchas mujeres que miraban desde lejos, aquellas que habían seguido a Jesús desde Galilea para atenderle; entre ellas, María Magdalena y María, la madre de Santiago y José, y la madre de los Zebedeos.

Al anochecer llegó un hombre rico de Arimatea, llamado José, que era también discípulo de Jesús. Este acudió a Pilato a pedirle el cuerpo de Jesús. Y Pilato mandó que se lo entregaran. José, tomando el cuerpo de Jesús, lo envolvió en una sábana limpia, lo puso en el sepulcro nuevo que se había excavado en una roca, rodó una piedra grande a la entrada del sepulcro y se marchó. María Magdalena y la otra María se quedaron allí sentadas enfrente del sepulcro.

A la mañana siguiente, pasado el día de la Preparación, acudieron en grupo los sumos sacerdotes y los fariseos a Pilato y le dijeron:

S. «Señor, nos hemos acordado de que aquel impostor, estando en vida, anunció: “A los tres días resucitaré”. Por eso da orden de que vigilen el sepulcro hasta el tercer día, no sea que vayan sus discípulos, se lleven el cuerpo y digan al pueblo: “Ha resucitado de entre los muertos”. La última impostura sería peor que la primera».

C. Pilato contestó:

S. «Ahí tenéis la guardia: id vosotros y asegurad la vigilancia como sabéis».

C. Ellos fueron, sellaron la piedra y con la guardia aseguraron la vigilancia del sepulcro.]

Las palmas

Amigos de celebraciones y multitudes, los judíos reciben a Jesús entre palmas, exaltando la presencia, acompañando el camino,

encumbrando al Salvador. Y a la vez que elevan las palmas disienten de una soberanía que se apoya en la pequeñez, como la del pollino que lo carga en sus lomos. Dos caras de una realidad. La de la multitud, que no es consciente del camino, y la de Jesús, que se hace consciente del mismo mientras avanza mirando al horizonte y sabiendo que Dios estará siempre cuidándolo.

ABRIL

6

Lunes Santo

Primera lectura: Isaías 42,1-7

Salmo 26: El señor me ha coronado, sobre la columna me ha exaltado

Evangelio: Juan 12,1-11

Seis días antes de la Pascua fue Jesús a Betania, donde vivía Lázaro, a quien había resucitado de entre los muertos. Allí le ofrecieron una cena; Marta servía y Lázaro era uno de los que estaban con él a la mesa. María tomó una libra de perfume de nardo, auténtico y costoso, le ungió a Jesús los pies y se los enjugó con su cabellera. Y la casa se llenó de la fragancia del perfume.

Judas Iscariote, uno de sus discípulos, el que lo iba a entregar, dice: «¿Por qué no se ha vendido este perfume por trescientos denarios para dárselos a los pobres?». Esto lo dijo no porque le importasen los pobres, sino porque era un ladrón; y, como tenía la bolsa, se llevaba de lo que iban echando. Jesús dijo: «Déjala; lo tenía guardado para el día de mi sepultura; porque a los pobres los tenéis siempre con vosotros, pero a mí no siempre me tenéis».

Una muchedumbre de judíos se enteró de que estaba allí y fueron no solo por Jesús, sino también para ver a Lázaro, al que había resucitado de entre los muertos. Los sumos sacerdotes decidieron matar también a Lázaro, porque muchos judíos, por su causa, se les iban y creían en Jesús.

El perfume derramado

Se derraman las esencias cuando la vida se entrega sin esperar nada a cambio. Como hace María, que derrama el perfume para ungir los pies y acariciar los cabellos del Maestro. Derramarse es como desprotegerse. Quedarse sin nada, atentos a quien pueda acunarnos. Derramarse significa darse sin más medida que la que impone el amor. Por eso Jesús la comprende y no la juzga. Al contrario, alaba su gesto, porque, más allá del interesado comentario de Judas, se trasluce el amor que brota de la generosidad. Como la que nos pide Jesús a nosotros a la hora de entender su camino. Y el nuestro.

ABRIL

7

Martes Santo

San Juan Bautista de La Salle

Primera lectura: Isaías 49,1-6

Salmo 70: Mi boca contará tu salvación, Señor

Evangelio: Juan 13,21-33.36-38

En aquel tiempo, Jesús, profundamente conmovido, dijo: «Os aseguro que uno de vosotros me va a entregar». Los discípulos se miraron unos a otros, perplejos, por no saber de quién lo decía. Uno de ellos, el que Jesús tanto amaba, estaba reclinado a la mesa junto a su pecho. Simón Pedro le hizo señas para que averiguase por quién lo decía. Entonces él, apoyándose en el pecho de Jesús, le preguntó: «Señor, ¿quién es?». Le contestó Jesús: «Aquel a quien yo le dé este trozo de pan untado». Y, untando el pan, se lo dio a Judas, hijo de Simón, el Iscariote. Detrás del pan entró en él Satanás. Entonces Jesús le dijo: «Lo que tienes que hacer, hazlo enseguida». Ninguno de los comensales entendió a qué se refería. Como Judas guardaba la bolsa,

algunos suponían que Jesús le encargaba comprar lo necesario para la fiesta o dar algo a los pobres. Judas, después de tomar el pan, salió inmediatamente. Era de noche.

Cuando salió dijo Jesús: «Ahora es glorificado el Hijo del hombre, y Dios es glorificado en él. Si Dios es glorificado en él, también Dios lo glorificará en sí mismo: pronto lo glorificará. Hijos míos, me queda poco de estar con vosotros. Me buscaréis, pero lo que dije a los judíos os lo digo ahora a vosotros: “Donde yo voy, vosotros no podéis ir”». Simón Pedro le dijo: «Señor, ¿a dónde vas?». Jesús le respondió: «Adonde yo voy no me puedes acompañar ahora, me acompañarás más tarde». Pedro replicó: «Señor, ¿por qué no puedo acompañarte ahora? Daré mi vida por ti». Jesús le contestó: «¿Con que darás tu vida por mí? Te aseguro que no cantará el gallo antes de que me hayas negado tres veces».

Detrás del pan

Se jactan los saciados. Detrás del pan asoma el descanso. Detrás del pan entró también Satanás cuando la mano Jesús lo untó y se lo dio a Judas Iscariote. Él lo miró y sus ojos se entristecieron a la par que el hijo de Simón cayó en la cuenta de lo que había hecho. Después del pan que se amasó en la cena, Jesús le marca el tiempo a Simón Pedro ante la incredulidad de quien pensaba que tenía todo controlado. A veces la vida se nos escapa en los pequeños gestos. Pequeños en apariencia, pero grandes en realidad. Porque esconden lo más sagrado de las decisiones.

Primera lectura: Isaías 50,4-9

Salmo 68: Señor, que tu bondad me escuche en el día de tu favor

Evangelio: Mateo 26,14-25

En aquel tiempo, uno de los Doce, llamado Judas Iscariote, fue a los sumos sacerdotes y les propuso: «¿Qué estáis dispuestos a darme si os lo entrego?». Ellos se ajustaron con él en treinta monedas. Y desde entonces andaba buscando ocasión propicia para entregarlo. El primer día de los Ázimos se acercaron los discípulos a Jesús y le preguntaron: «¿Dónde quieres que te preparemos la cena de Pascua?». Él contestó: «Id a la ciudad, a casa de fulano, y decidle: “El Maestro dice: ‘Mi momento está cerca; deseo celebrar la Pascua en tu casa con mis discípulos’”». Los discípulos cumplieron las instrucciones de Jesús y prepararon la Pascua.

Al atardecer se puso a la mesa con los Doce. Mientras comían dijo: «Os aseguro que uno de vosotros me va a entregar». Ellos, consternados, se pusieron a preguntarle uno tras otro: «¿Soy yo acaso, Señor?». Él respondió: «El que ha mojado en la misma fuente que yo, ese me va a entregar. El Hijo del hombre se va, como está escrito de él; pero, ¡ay del que va a entregar al Hijo del hombre!; más le valdría no haber nacido». Entonces preguntó Judas, el que lo iba a entregar: «¿Soy yo acaso, Maestro?». Él respondió: «Tú lo has dicho».

Las miradas y los pies

Los discípulos se miraban unos a otros. Lo miraban a él. Como a cámara lenta, uno de los Doce mojó el pan en su escudilla mientras Jesús demudó su rostro a la par que Judas le besaba

en la mejilla. María reconoció el gesto desde el fondo de la sala y no pudo evitar abrirle las puertas a las lágrimas. Sus lágrimas se juntaron con el agua que rebosaba en el lebrillo que Jesús acababa de llenar. Pedro se excusa. Jesús lo mira a los ojos y Pedro lo comprende todo. Sus pies notan el frío del agua mientras Jesús besa sus plantas. Pedro llora amargamente por primera vez. Aún queda mucho para que amanezca. Jesús sigue uno a uno ungiendo con su beso a los amigos. Mira a su madre con cariño mientras la ternura de María disuelve sus dudas.

COMIENZA EL TRIDUO PASCUAL

ABRIL



JUEVES SANTO EN LA CENA DEL SEÑOR

Primera lectura: Éxodo 12,1-8. 11-14

Salmo 115: El cáliz de la bendición es comunión con la sangre de Cristo

Segunda lectura: 1 Corintios 11,23-26

Evangelio: Juan 13,1-15

Antes de la fiesta de la Pascua, sabiendo Jesús que había llegado la hora de pasar de este mundo al Padre, habiendo amado a los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el extremo. Estaban cenando, ya el diablo le había metido en la cabeza a Judas Iscariote, el de Simón, que lo entregara, y Jesús, sabiendo que el Padre había puesto todo en sus manos, que venía de Dios y a Dios volvía, se levanta de la cena, se quita el manto y, tomando una toalla, se la ciñe; luego echa agua en la jofaina y se pone a lavarles los pies a los discípulos, secándoselos con la toalla que se había ceñido. Llegó a Simón Pedro, y este le dijo: «Señor, ¿lavarme los pies tú a mí?». Jesús le replicó: «Lo que yo hago tú

no lo entiendes ahora, pero lo comprenderás más tarde». Pedro le dijo: «No me lavarás los pies jamás». Jesús le contestó: «Si no te lavo no tienes nada que ver conmigo». Simón Pedro le dijo: «Señor, no solo los pies, sino también las manos y la cabeza». Jesús le dijo: «Uno que se ha bañado no necesita lavarse más que los pies, porque todo él está limpio. También vosotros estáis limpios, aunque no todos». Porque sabía quién lo iba a entregar, por eso dijo: «No todos estáis limpios».

Cuando acabó de lavarles los pies tomó el manto, se lo puso otra vez y les dijo: «¿Comprendéis lo que he hecho con vosotros? Vosotros me llamáis “el Maestro” y “el Señor”, y decís bien, porque lo soy. Pues si yo, el Maestro y el Señor, os he lavado los pies, también vosotros debéis lavaros los pies unos a otros; os he dado ejemplo para que lo que yo he hecho con vosotros, vosotros también lo hagáis».

La vida a sorbos

Y se partió el pan. La base, el sustento, la abundancia por naturaleza, simbolizada en tres letras. Pan. Se partió el pan a la vez que las dudas, pero se impuso la Palabra. «Este es mi cuerpo». El gesto, sencillo en sí, rompía todas la ley de los símbolos y se convertía en presencia. Después, Jesús miró a su madre y entonces los resortes del encuentro fueron derramándose a la par que el vino llenaba todas las copas. Bebieron al unísono mientras Jesús acompañaba los sorbos con palabras de conmemoración.

Primera lectura: Isaías 52,13-53,12

Salmo 30: Padre, a tus manos encomiendo mi espíritu

Segunda lectura: Hebreos 4,14-16; 5,7-9

Evangelio: Juan 18,1-19,42

C. En aquel tiempo salió Jesús con sus discípulos al otro lado del torrente Cedrón, donde había un huerto, y entraron allí él y sus discípulos. Judas, el traidor, conocía también el sitio, porque Jesús se reunía a menudo allí con sus discípulos. Judas, entonces, tomando la patrulla y unos guardias de los sumos sacerdotes y de los fariseos, entró allá con faroles, antorchas y armas. Jesús, sabiendo todo lo que venía sobre él, se adelantó y les dijo:

+. «¿A quién buscáis?».

C. Le contestaron:

S. «A Jesús, el Nazareno».

C. Les dijo Jesús:

+. «Yo soy».

C. Estaba también con ellos Judas, el traidor. Al decirles: «Yo soy», retrocedieron y cayeron a tierra. Les preguntó otra vez:

+. «¿A quién buscáis?».

C. Ellos dijeron:

S. «A Jesús, el Nazareno».

C. Jesús contestó:

+. «Os he dicho que soy yo. Si me buscáis a mí, dejad marchar a estos».

C. Y así se cumplió lo que había dicho: «No he perdido a ninguno de los que me diste».

Entonces Simón Pedro, que llevaba una espada, la sacó e hirió al criado del sumo sacerdote, cortándole la oreja derecha. Este criado se llamaba Malco. Dijo entonces Jesús a Pedro.

+. «Mete la espada en la vaina. El cáliz que me ha dado mi Padre, ¿no lo voy a beber?».

C. La patrulla, el tribuno y los guardias de los judíos prendieron a Jesús, lo ataron y lo llevaron primero a Anás, porque era suegro de Caifás, sumo sacerdote aquel año; era Caifás el que había dado a los judíos este consejo: «Conviene que muera un solo hombre por el pueblo». Simón Pedro y otro discípulo seguían a Jesús. Este discípulo era conocido del sumo sacerdote y entró con Jesús en el palacio del sumo sacerdote, mientras Pedro se quedó fuera, a la puerta. Salió el otro discípulo, el conocido del sumo sacerdote, habló a la portera e hizo entrar a Pedro. La criada que hacía de portera dijo entonces a Pedro:

S. «¿No eres tú también de los discípulos de ese hombre?».

C. Él dijo:

S. «No lo soy».

C. Los criados y los guardias habían encendido un brasero, porque hacía frío, y se calentaban. También Pedro estaba con ellos de pie, calentándose.

El sumo sacerdote interrogó a Jesús acerca de sus discípulos y de la doctrina. Jesús le contestó:

+. «Yo he hablado abiertamente al mundo; yo he enseñado continuamente en la sinagoga y en el templo, donde se reúnen todos los judíos, y no he dicho nada a escondidas. ¿Por qué me interrogas a mí? Interroga a los que me han oído de qué les he hablado. Ellos saben lo que he dicho yo».

C. Apenas dijo esto, uno de los guardias que estaba allí le dio una bofetada a Jesús, diciendo:

S. «¿Así contestas al sumo sacerdote?».

C. Jesús respondió:

+. «Si he faltado al hablar, muestra en qué he faltado; pero si he hablado como se debe, ¿por qué me pegas?». C. Entonces Anás lo envió atado a Caifás, sumo sacerdote.

Simón Pedro estaba en pie, calentándose, y le dijeron:

S. «¿No eres tú también de sus discípulos?».

C. Él lo negó, diciendo:

S. «No lo soy».

C. Uno de los criados del sumo sacerdote, pariente de aquel a quien Pedro le cortó la oreja, le dijo:

S. «¿No te he visto yo con él en el huerto?».

C. Pedro volvió a negar, y enseguida cantó un gallo.

Llevaron a Jesús a casa de Caifás al pretorio. Era el amanecer, y ellos no entraron en el pretorio para no incurrir en impureza y poder así comer la Pascua. Salió Pilato afuera, adonde estaban ellos, y dijo:

S. «¿Qué acusación presentáis contra este hombre?».

C. Le contestaron:

S. «Si este no fuera un malhechor no te lo entregaríamos».

C. Pilato les dijo:

S. «Lleváoslo vosotros y juzgadlo según vuestra ley».

C. Los judíos le dijeron:

S. «No estamos autorizados para dar muerte a nadie».

C. Y así se cumplió lo que había dicho Jesús, indicando de qué muerte iba a morir.

Entró otra vez Pilato en el pretorio, llamó a Jesús y le dijo:

S. «¿Eres tú el rey de los judíos?».

C. Jesús le contestó:

+ «¿Dices eso por tu cuenta o te lo han dicho otros de mí?».

C. Pilato replicó:

S. «¿Acaso soy yo judío? Tu gente y los sumos sacerdotes te han entregado a mí; ¿qué has hecho?».

C. Jesús le contestó:

+. «Mi reino no es de este mundo. Si mi reino fuera de este

mundo, mi guardia habría luchado para que no cayera en manos de los judíos. Pero mi reino no es de aquí».

C. Pilato le dijo:

S. «Conque, ¿tú eres rey?».

C. Jesús le contestó:

+. «Tú lo dices: soy rey. Yo para esto he nacido y para esto he venido al mundo: para ser testigo de la verdad. Todo el que es de la verdad escucha mi voz».

C. Pilato le dijo:

S. «Y, ¿qué es la verdad?».

C. Dicho esto, salió otra vez adonde estaban los judíos y les dijo:

S. «Yo no encuentro en él ninguna culpa. Es costumbre entre vosotros que por Pascua ponga a uno en libertad. ¿Queréis que os suelte al rey de los judíos?».

C. Volvieron a gritar:

S. «A ese no, a Barrabás».

C. El tal Barrabás era un bandido.

Entonces Pilato tomó a Jesús y lo mandó azotar. Y los soldados trenzaron una corona de espinas, se la pusieron en la cabeza y le echaron por encima un manto color púrpura; y, acercándose a él, le decían:

S. «¡Salve, rey de los judíos!».

C. Y le daban bofetadas. Pilato salió otra vez afuera y les dijo:

S. «Mirad, os lo saco afuera, para que sepáis que no encuentro en él ninguna culpa».

C. Y salió Jesús afuera, llevando la corona de espinas y el manto color púrpura. Pilato les dijo:

S. «Aquí lo tenéis».

C. Cuando lo vieron los sumos sacerdotes y los guardias gritaron:

S. «¡Crucifícalo, crucifícalo!».

C. Pilato les dijo:

S. «Lleváoslo vosotros y crucificadlo, porque yo no encuentro culpa en él».

C. Los judíos le contestaron:

S. «Nosotros tenemos una ley, y según esa ley tiene que morir, porque se ha declarado Hijo de Dios».

C. Cuando Pilato oyó estas palabras se asustó aún más y, entrando otra vez en el pretorio, dijo a Jesús:

S. «¿De dónde eres tú?».

C. Pero Jesús no le dio respuesta. Pilato le dijo:

S. «¿A mí no me hablas? ¿No sabes que tengo autoridad para soltarte y autoridad para crucificarte?».

C. Jesús le contestó:

+. «No tendrías ninguna autoridad sobre mí si no te la hubieran dado de lo alto. Por eso el que me ha entregado a ti tiene un pecado mayor».

C. Desde este momento Pilato trataba de soltarlo, pero los judíos gritaban:

S. «Si sueltas a ese no eres amigo del César. Todo el que se declara rey está contra el César».

C. Pilato entonces, al oír estas palabras, sacó afuera a Jesús y lo sentó en el tribunal, en el sitio que llaman «el Enlosado» (en hebreo Gábbata). Era el día de la Preparación de la Pascua, hacia el mediodía. Y dijo Pilato a los judíos:

S. «Aquí tenéis a vuestro rey».

C. Ellos gritaron:

S. «¡Fuera, fuera; crucifícalo!».

C. Pilato les dijo:

S. «¿A vuestro rey voy a crucificar?».

C. Contestaron los sumos sacerdotes:

S. «No tenemos más rey que al César».

C. Entonces se lo entregó para que lo crucificaran.

Tomaron a Jesús, y él, cargando con la cruz, salió al sitio llamado «de la Calavera» (que en hebreo se dice Gólgota), donde lo cru-

cificaron; y con él a otros dos, uno a cada lado, y en medio Jesús. Y Pilato escribió un letrero y lo puso encima de la cruz; en él estaba escrito: «Jesús, el Nazareno, el rey de los judíos». Leyeron el letrero muchos judíos, porque estaba cerca el lugar donde crucificaron a Jesús, y estaba escrito en hebreo, latín y griego. Entonces los sumos sacerdotes de los judíos dijeron a Pilato:

S. «No escribas: “El rey de los judíos”, sino: “Este ha dicho: ‘Soy el rey de los judíos’”».

C. Pilato les contestó:

S. «Lo escrito, escrito está».

C. Los soldados, cuando crucificaron a Jesús, cogieron su ropa, haciendo cuatro partes, una para cada soldado, y apartaron la túnica. Era una túnica sin costura, tejida toda de una pieza de arriba abajo. Y se dijeron:

S. «No la rasguemos, sino echemos a suerte, a ver a quién le toca».

C. Así se cumplió la Escritura: «Se repartieron mis ropas y echaron a suerte mi túnica». Esto hicieron los soldados.

Junto a la cruz de Jesús estaban su madre, la hermana de su madre, María, la de Cleofás, y María, la Magdalena. Jesús, al ver a su madre y cerca al discípulo que tanto quería, dijo a su madre:

+. «Mujer, ahí tienes a tu hijo».

C. Luego dijo al discípulo:

+. «Ahí tienes a tu madre».

C. Y, desde aquella hora, el discípulo la recibió en su casa.

Después de esto, sabiendo Jesús que todo había llegado a su término, para que se cumpliera la Escritura dijo:

+. «Tengo sed».

C. Había allí un jarro lleno de vinagre. Y, sujetando una esponja empapada en vinagre a una caña de hisopo, se la acercaron a la boca. Jesús, cuando tomó el vinagre, dijo:

+. «Está cumplido».

C. E, inclinando la cabeza, entregó el espíritu.

Gólgota

Estaban junto a la cruz. Intuía su presencia. Cruzó la mirada «con el discípulo al que tanto quería» y casi como un susurro le regaló la ternura de su madre. Puso los ojos en María mientras le obsequiaba a su vez con la presencia filial de Juan. Todo estaba cumplido. Jesús mezcló el vinagre con la angustia. Sus labios se cerraron. Todo está cumplido. El amor se había derramado generosamente. Y después se hizo el silencio. Mientras Jesús era acunado en el regazo de su Padre.

COMIENZA EL TIEMPO PASCUAL

ABRIL



SÁBADO SANTO

VIGILIA PASCUAL EN LA NOCHE SANTA

Primera lectura: Génesis 1,1-2,2: Vio Dios todo lo que había hecho, y era muy bueno

Salmo 103: Envía tu espíritu, Señor, y repuebla la faz de la tierra

Segunda lectura: Génesis 22,1-18: El sacrificio de Abrahán, nuestro padre en la fe

Salmo 15: Protégeme, Dios mío, que me refugio en ti

Tercera lectura: Éxodo 14,15-15,1: Los israelitas entran en medio del mar a pie enjuto

Salmo: Éxodo 15,1-2.3-4.5-6.17-18: Cantaré al Señor, sublime es su victoria

Cuarta lectura: Isaías 54,5-14: Con misericordia eterna te quiere el Señor, tu redentor

Salmo 29: Te ensalzaré, Señor, porque me has librado

Quinta lectura: Isaías 5,1-11: Venid a mí y viviréis, sellaré con vosotros alianza perpetua

Salmo: Isaías 12,2-3.4bcd.5-6: Sacaréis aguas con gozo de las fuentes de la salvación

Séxta lectura: Baruc 3,9-15,32-4,4: Caminad a la claridad del resplandor del Señor

Salmo 18: Señor, tú tienes palabras de vida eterna

Séptima lectura: Ezequiel 36,16-28: Derramaré sobre vosotros un agua pura y os daré un corazón nuevo

Salmo 41: Como busca la cierva corrientes de agua, así mi alma te busca a ti, Dios mío

Epístola: Romanos 6,3-11: Cristo, una vez resucitado de entre los muertos, ya no muere más

Salmo 117: Aleluya, aleluya, aleluya

Evangelio: Mateo 28,1-10

En la madrugada del sábado, al alborear el primer día de la semana, fueron María Magdalena y la otra María a ver el sepulcro. Y de pronto tembló fuertemente la tierra, pues un ángel del Señor, bajando del cielo y acercándose, corrió la piedra y se sentó encima. Su aspecto era de relámpago y su vestido blanco como la nieve; los centinelas temblaron de miedo y quedaron como muertos. El ángel habló a las mujeres: «Vosotras, no temáis; ya sé que buscáis a Jesús, el crucificado. No está aquí. Ha resucitado, como había dicho. Venid a ver el sitio donde yacía e id aprisa a decir a sus discípulos: “Ha resucitado de entre los muertos y va por delante de vosotros a Galilea. Allí lo veréis”. Mirad, os lo he anunciado».

Ellas se marcharon a toda prisa del sepulcro; impresionadas y llenas de alegría corrieron a anunciarlo a los discípulos. De pronto Jesús les salió al encuentro y les dijo: «Alegraos». Ellas se acercaron, se postraron ante él y le abrazaron los pies. Jesús les dijo: «No tengáis miedo: id a comunicar a mis hermanos que vayan a Galilea; allí me verán».

Los vacíos

En el vacío del silencio habitaban sus amigos aquella mañana. Aún resonaban las lágrimas de Pedro cuando vivió el amanecer.

cer del postrer día. Juan acompañaba en silencio a María recorriendo a la inversa las estaciones. Santiago y Felipe escondían su vergüenza en una de las esquinas de Jerusalén. Bartolomé y Tomás lavaban las penas de la cobardía en un rincón. Simón y Judas se revolvían en la incertidumbre del futuro. Todos estaban habitados por el más hondo silencio. Un silencio exterior que se rompía en pedazos en el maltrecho interior poblado de oscuridades y sombras. El desconcierto les impedía seguir la rutina de un mundo que había cambiado para siempre. Todos estaban abocados al vacío de la pérdida. Ahora solo quedaba esperar que la luz volviera a iluminar sus vidas. Confiaban, a ciegas, en la presencia amorosa de un Dios que nunca los había abandonado.

ABRIL

12

DOMINGO

PASCUA DE LA RESURRECCIÓN DEL SEÑOR

Primera lectura: Hechos 10,34a.37-43

Salmo 117: Este es el día en que actuó el Señor: sea nuestra alegría y nuestro gozo

Segunda lectura: Colosenses 3,1-4 o 1 Corintios 5,6-8

Evangelio: Juan 20,1-9

El primer día de la semana, María Magdalena fue al sepulcro al amanecer, cuando aún estaba oscuro, y vio la losa quitada del sepulcro. Echó a correr y fue donde estaba Simón Pedro y el otro discípulo, a quien tanto quería Jesús, y les dijo: «Se han llevado del sepulcro al Señor y no sabemos dónde lo han puesto».

Salieron Pedro y el otro discípulo camino del sepulcro. Los dos corrían juntos, pero el otro discípulo corría más que Pedro; se adelantó y llegó primero al sepulcro; y, asomándose, vio las

vendas en el suelo; pero no entró. Llegó también Simón Pedro detrás de él y entró en el sepulcro: vio las vendas en el suelo y el sudario con que le habían cubierto la cabeza, no por el suelo con las vendas, sino enrollado en un sitio aparte. Entonces entró también el otro discípulo, el que había llegado primero al sepulcro; vio y creyó. Pues hasta entonces no habían entendido la Escritura: que él había de resucitar de entre los muertos.

Las lágrimas derramadas

María guardaba silencio. Ya no le quedaban lágrimas que derramar. A pesar de todo, estaba rumiando en su interior los acontecimientos e intentando fortalecer la esperanza. El sufrimiento de su hijo le partía el alma y le dedicó el silencio habitado de la confianza. El atardecer le hizo recordar la promesa de la presencia, la responsabilidad, el sosiego. «Para Dios no hay nada imposible», repitió quedamente mientras recogía los pedazos de la tristeza. Así se abandonó, sin más, en el regazo de la misericordia mientras la llama luchaba por encenderse sin otra luz «sino la que en el corazón ardía».

ABRIL

13

Lunes de la octava de Pascua

San Martín I, San Hermenegildo

Primera lectura: Hechos 2,14.22-23

Salmo 15: Protégeme, Dios mío, que me refugio en ti

Evangelio: Mateo 28,8-15

En aquel tiempo, las mujeres se marcharon a toda prisa del sepulcro; impresionadas y llenas de alegría corrieron a anunciarlo a los discípulos. De pronto Jesús les salió al encuentro y les dijo: «Alegraos». Ellas se acercaron, se postraron ante él y le abraza-